

Transformaciones económicas, reformas estructurales y desigualdad distributiva del ingreso monetario familiar en la argentina (1974-2014).

Santiago Poy Piñeiro y Agustín Salvia.

Cita:

Santiago Poy Piñeiro y Agustín Salvia (2017). *Transformaciones económicas, reformas estructurales y desigualdad distributiva del ingreso monetario familiar en la argentina (1974-2014)*. V Seminario Internacional Desigualdad y Movilidad Social en América Latina. CIMECS UNLP e IIGG UBA.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/santiago.poy/24>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pPhP/VKA>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

TRANSFORMACIONES POLÍTICO-ECONÓMICAS RECIENTES EN LA SOCIEDAD ARGENTINA Y EFECTOS SOBRE LA DESIGUALDAD (1974-2012).

Santiago Poy¹

Agustín Salvia²

Colaboración: Ramiro Robles y Ma. Noel Fachal

RESUMEN

El presente trabajo busca caracterizar las transformaciones ocurridas en la desigualdad económica a lo largo de las últimas cuatro décadas en la sociedad argentina en términos de las mutaciones sufridas por su régimen social de acumulación. En este período, el país transitó por al menos tres grandes etapas, cuya delimitación es objeto de este trabajo: (a) la última fase del modelo basado en la sustitución de importaciones, que se habría extendido, no sin contradicciones, hasta mediados de los años ochenta; (b) la etapa de estabilización, políticas de ajuste y liberalización económica en el marco de un programa ortodoxo de reformas estructurales, iniciado en los años ochenta pero profundizado durante la década de los años noventa; (c) una nueva etapa del proceso de acumulación basada en políticas heterodoxas volcadas al crecimiento del mercado interno pero en el contexto de globalización económico-financiera mundial.

La hipótesis central que guía este estudio es que en cada fase es posible advertir un determinado patrón en la desigualdad económica, que es el resultado de los cambios en el régimen social de acumulación y sus efectos sobre la estructura productiva del país. En esta línea, el trabajo busca aportar elementos que permitan entender el modo en que esos cambios se manifestaron en el comportamiento seguido por la desigualdad en la distribución del ingreso. Para explorar esta hipótesis, el trabajo presenta una caracterización de los distintos períodos estudiados a partir de datos secundarios. A su vez, se presenta la evolución de la desigualdad de ingresos medida por el coeficiente de Gini para el Gran Buenos Aires –por ser el único aglomerado para el que se cuenta con información de largo plazo-, utilizando los microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC para una serie de años seleccionados a lo largo del período 1974-2012.

¹ Sociólogo. Becario Doctoral del CONICET en el Programa del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA-UCA) y docente de la Carrera de Sociología (UBA). E-mail: santiagopoy@hotmail.com.

² Sociólogo. Investigador Principal del CONICET. Coordinador general del Programa del Observatorio de la Deuda Social Argentina (UCA). Director del Programa “Cambio Estructural y Desigualdad Social” (IIGG-UBA). Docente de grado y posgrado en distintas universidades nacionales y extranjeras. E-mail: agsalvia@retina.ar

I. EL PROBLEMA

El fuerte impacto que en los últimos años han tenido algunos trabajos sobre la desigualdad económica (Acemoglu y Robinson, 2013; Piketty, 2014), así como el consenso que parece existir entre la mirada otrora crítica de CEPAL (CEPAL, 2010, 2011, 2013, 2014) y la de los organismos internacionales acerca de la importancia de la equidad para superar la pobreza (Birdsall y de la Torre, 2008; López-Calva y Lustig, 2010; Ferreira et al, 2013), parecen poner al tema de la distribución del ingreso en el centro del debate político y académico actual.

Sin embargo, los análisis referidos poco permiten inferir acerca de las relaciones específicas entre la desigualdad distributiva y las características que asume el régimen social de acumulación en el caso de los países periféricos sometidos a patrones de desarrollo heterogéneos. En este marco, la discusión sobre las tendencias de la distribución del ingreso en el largo plazo encuentra en la Argentina un caso relevante de estudio, por cuanto en los últimos cuarenta años fue objeto de sucesivos planes económicos de distinta orientación y alcance que afectaron el proceso de desarrollo. En cuatro décadas la sociedad argentina pasó de un modelo de economía “cerrada” basado en la sustitución de importaciones, relativamente homogéneo, a la aplicación de programas ortodoxos de estabilización, apertura comercial y desregulación y, sobre el final del período, asistió al retorno de un modelo sustitutivo pero en el marco de una economía “abierta”, más heterogénea y cada vez más concentrada.

En este contexto, cabe preguntarse: ¿cuáles son los vínculos entre los cambios acontecidos en la política económica, a lo largo de las últimas décadas –con sus efectos sobre el funcionamiento general de los mercados–, y la desigualdad distributiva³ en la sociedad argentina? Este trabajo parte de la hipótesis de que cada uno de los ciclos político-económicos mencionados habría dejado una huella específica sobre la distribución del ingreso. Esto habría sido así debido a que los cambios macroeconómicos, con su impacto sobre los mercados de trabajo, contribuyen a configurar patrones de desigualdad. En este sentido, dar respuesta a los interrogantes planteados y a la hipótesis sugerida, implica una doble tarea: (a) ofrecer una caracterización de cada uno de los períodos político-económicos atravesados por la sociedad argentina en el período analizado (1974-2012) y examinar su consistencia interna de modo de reducir la arbitrariedad inherente a toda periodización; (b) evaluar en qué grado la desigualdad distributiva (medida a través del coeficiente de Gini de los ingresos per cápita familiares) ha seguido un curso compatible con la periodización propuesta y procurar establecer hipótesis acerca de los mecanismos por medio de los cuales la evolución macroeconómica se *tradiujo* en cambios distributivos.

Para satisfacer estos objetivos, en este documento se presenta información basada en datos secundarios de diferentes fuentes, los cuales dan soporte a la caracterización propuesta. Además, se hizo necesario estimar la evolución de la desigualdad distributiva a lo largo del

³ Como señala Kessler (2014) en un libro reciente, la desigualdad, en las sociedades capitalistas actuales, adquiere un carácter multidimensional. Aquí se aborda exclusivamente la desigualdad social en tanto desigualdad *económica* o *distributiva*, y tomando en consideración la llamada distribución primaria del ingreso, es decir, la que surge del mercado de trabajo. La distribución secundaria, vinculada con las transferencias del Estado o entre particulares, incluyendo el sistema de jubilaciones y pensiones, sólo es mencionada en los casos relevantes y a modo de contextualizar el proceso general.

período, la cual es puesta en relación con la caracterización anterior⁴. Para ello, se utilizaron los microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares, en sus modalidades “puntual” y “continua”, relevada por el Instituto Nacional de Estadística y Censos desde el año 1972⁵.

En la siguiente sección, se presenta una descripción de los principales rasgos del marco político-económico en el que se desarrolló la desigualdad distributiva. Se busca, de esta forma, avanzar en una periodización que dé cuenta de los principales cambios ocurridos a lo largo del período de estudio. Una tercera sección analiza el comportamiento de la desigualdad a través del examen de los ingresos per cápita familiares en cada una de las fases analizadas y cómo se relacionan sus tendencias con las transformaciones más generales del proceso de acumulación. El trabajo se cierra con algunas reflexiones finales.

II. MARCO POLÍTICO-ECONÓMICO Y EVOLUCIÓN DE LA DESIGUALDAD

En lo que sigue, se esboza una periodización de los principales ciclos político-económicos que atravesó la sociedad argentina, poniendo el énfasis en las modificaciones de su régimen social de acumulación⁶. Se describen los principales rasgos históricos y se acompañan con los indicadores relevantes en términos macroeconómicos (evolución del PIB, su composición, el equilibrio externo, la evolución de los precios), del mercado de trabajo y de la intervención estatal. La siguiente sección expone cuál fue el curso seguido por la desigualdad en cada una de las fases mencionadas, así como los mecanismos que permiten entender su comportamiento.

II.a. Pare y siga. Barreras estructurales del desarrollo económico argentino (1930-1970)

Entre mediados del siglo XIX y la década de 1930, la economía argentina se insertó en la división del trabajo del mundo capitalista a partir de la producción de bienes primarios y la importación de manufacturas (Arceo, 2003; Díaz Alejandro, 1975; Peralta Ramos, 1974). La expansión del sector exportador permitió “eslabonamientos” productivos que dieron origen a una industria productora de bienes cuya importación había dejado de ser rentable, y a un sector de servicios que daba respuesta a las necesidades de consumo de ciertas franjas de la población local. En este esquema, el papel dinámico del sistema de acumulación lo jugó la renta de la tierra agraria que los sectores dominantes, el Estado y los capitales extranjeros pudieron apropiarse (Iñigo Carrera, 2007; Laclau, 1969). No obstante, esta forma de inserción económica dependiente en el comercio internacional configuró los rasgos básicos de una *estructura*

⁴ Entre los trabajos que han analizado la desigualdad distributiva para el período considerado, pueden mencionarse Altimir (1988), Altimir y Beccaria (2001), Altimir, Beccaria y González Rozada (2002), Beccaria y Maurizio (2012), Cruces y Gasparini (2009) y Llach y Montoya (1996). A su vez, trabajos propios y ajenos, no coincidentes en sus resultados, han abordado la problemática de la desigualdad para el período 1992-2012 (Salvia y Vera, 2012; Trujillo y Villafañe, 2011, entre otros). Por otro lado, si bien este trabajo se enfoca en la denominada *distribución personal* del ingreso –así como los previamente referenciados– en cuanto a la *distribución funcional* del ingreso se remite a Lindenboim, Kennedy y Graña (2010) y Kennedy y Graña (2008).

⁵ La metodología utilizada para consistir y elaborar esta serie histórica se presenta en el Anexo Metodológico.

⁶ Un régimen o estructura social de acumulación remite al contexto institucional, político y regulatorio –el sistema de créditos, la política monetaria, el modo y grado de intervención estatal–, en el cual funciona o se hace viable la acumulación de capital. En particular, de acuerdo con Gordon, Edwards y Reich (1986: 25), el concepto permite diferenciar las *ondas cortas* del capitalismo, asociadas a las crisis cíclicas del proceso de acumulación, de las *ondas largas*, asociadas a las crisis de la estructura social de acumulación.

*productiva heterogénea*⁷ y dio origen a un patrón de desarrollo *desigual y combinado*⁸, con un sector de elevada productividad capaz de exportar al mercado mundial y sectores atrasados sin posibilidad de operar en esas condiciones.

La fuerte fragilidad externa de este modelo de acumulación se hizo evidente con el trastocamiento del escenario mundial a partir de la crisis del '30. Desde entonces, las políticas proteccionistas erigidas ante la crisis permitieron profundizar un proceso de *industrialización sustitutiva* (ISI) que ya se había iniciado durante la primera posguerra⁹, en la que un conjunto de grandes empresas debió coexistir con otras tantas pequeñas, de poco capital y escasa mecanización. En una primera fase, el modelo sustitutivo se dirigió hacia los bienes de consumo inmediatos. Esta dinámica atrajo fuerza de trabajo y permitió incrementar los niveles de ocupación, golpeados por la crisis mundial. De aquí provinieron los movimientos internos de población que se registraron en la primera etapa de la industrialización sustitutiva¹⁰.

Una primera etapa, de industrialización “fácil”, en la que se sustituyeron localmente bienes de consumo y semidurables, se extendió desde los inicios de la crisis hasta mediados de la década del cincuenta. En términos de Peralta Ramos (1974, 2007), a lo largo de esta fase, y como resultado del carácter principalmente “trabajo-intensivo” de las industrias sustitutivas, habría primado una relativa *homogeneización* de la fuerza de trabajo¹¹. De acuerdo con Peña (2012), data también de este momento la configuración del atraso de la industria argentina y de su relativa ineficiencia: a lo largo de esta primera fase proliferaron los pequeños establecimientos de muy baja productividad y escaso aporte al producto nacional que, no obstante, tuvieron un importante efecto sobre la ocupación obrera.

Tras el agotamiento de esta primera fase –una de cuyas principales expresiones fue la insuficiencia de divisas para costear el proceso sustitutivo –, la Argentina avanzó hacia una segunda etapa del modelo “cuasi-cerrado” de sustitución de importaciones. Este pasaje no

⁷ El concepto de *heterogeneidad estructural*, cuyos orígenes se encuentran en los trabajos de Prebisch (1949; 1973) y en el estructuralismo latinoamericano, alude a la coexistencia de un sector de elevada productividad, vinculado con el mercado mundial, junto con otro de baja productividad (Nohlen y Sturm, 1982). El primero de ellos no absorbe a toda la fuerza de trabajo disponible a nivel social, y sus adelantos tecnológicos no se “difunden” hacia el resto del sistema económico. Pinto (1976) señaló que, a su vez, el modelo industrial sustitutivo dio lugar, en algunos países latinoamericanos, a un importante estrato de productividad intermedia. Dicha estructura habría sido importante en el caso argentino.

⁸ La noción de *desarrollo desigual y combinado* (Trotsky, 2010; Novack, 1964) alude a la coexistencia, al interior de un mismo país, de distintos niveles de desarrollo y/o modos de producción que se combinan en una formación social. Este fenómeno está fuertemente determinado por el carácter mundial de la acumulación capitalista y, en particular, por la expansión del capital financiero a partir de la segunda mitad del siglo XIX. La exportación de capitales desde los países avanzados a los de desarrollo tardío implicó que en éstos se configurara un sector dirigido a la exportación en coexistencia con otros sectores, de poca importancia para el comercio mundial, y con bajo nivel de integración sistémica con aquél.

⁹ Véase Villanueva (1972) para una caracterización de cómo este proceso fue iniciado con anterioridad a 1930 y fue posibilitado por las inversiones de capital extranjero previas a la crisis.

¹⁰ Ya a principios del siglo XX más de la mitad de la población Argentina vivía en zonas urbanas producto de la intensa radicación de inmigrantes en las ciudades del área pampeana y el litoral. Con el cierre a las corrientes migratorias de ultramar en la década del treinta fueron las de población nativa, estimuladas por el proceso sustitutivo en las manufacturas, las que nutrieron de mano de obra a la industria local y acentuaron este perfil urbano de la distribución geográfica en Argentina (Torrado, 2010: 39)

¹¹ Las actividades económicas que dinamizaron este proceso fueron las textiles y las alimenticias, lo que, como se ve, da cuenta del carácter inicial o “fácil” del proceso sustitutivo (Ciafardini y otros, 1973).

estuvo exento de problemas, y su evolución dio un carácter *cíclico* al proceso de acumulación que se combinó con una aguda inestabilidad política (originada en la proscripción del peronismo). En esta fase se reconoció el ingreso de capitales extranjeros, favorecidos por una serie de políticas económicas específicamente orientadas a promover su incorporación. Concluidas tanto la Segunda Guerra Mundial como la Guerra de Corea, y en el contexto específico de los “treinta años gloriosos” y el comienzo de la Guerra Fría, estos años son testigos de la llegada de nuevas inversiones y tecnología que permitió avanzar hacia nuevos niveles de sustitución de importaciones (Ciafardini, 1973; Peralta Ramos, 1974). Ahora bien, este fenómeno indujo un nuevo avance en el desarrollo desigual y combinado de la economía argentina (Peña, 2012)¹², a la vez que configuró una forma específica del ciclo económico, que se conoció como *stop and go*, dando a la economía argentina el funcionamiento de una *estructura productiva desequilibrada* (Diamand, 1972).

En efecto, la industria argentina, salvo escasas excepciones, no tuvo capacidad de exportar al mercado mundial, dado su bajo nivel de productividad relativa en comparación con los países avanzados y con el sector económico en función del cual se definió el tipo de cambio: el sector agropecuario. Es por ello que se constituyó en demandante neto de divisas, mientras que el sector exportador era el encargado de proveerlas. De este modo, cuando las importaciones crecían a un nivel que las exportaciones no podían solventar, se imponía una devaluación que desincentivara a las primeras, redujera el nivel de actividad, hiciera bajar el salario real y, con él, el consumo de los bienes salario que componían en lo esencial la oferta exportadora del país. Liberado parte del saldo exportable, se ampliaban las reservas internacionales y eso permitía reanudar el ciclo, tradicionalmente conocido como "*stop and go*"¹³. En el marco de una oferta exportable que estuvo –al menos hasta mediados de los sesenta- relativamente estancada, no es de sorprender que la capacidad de crecimiento de la economía haya sido limitada en términos del desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación (Diamand, 1972; Braun, 1974; Basualdo, 2010)¹⁴.

A lo largo de la etapa descrita, se produjeron importantes transformaciones en el mercado de trabajo. Por un lado, la expansión del capital en las zonas rurales, sumada a la pérdida de relevancia de numerosas actividades económicas, se tradujo en la expulsión de fuerza de trabajo desde varias provincias del interior del país hacia los grandes aglomerados urbanos. Si bien existen posiciones divergentes en la literatura acerca de si hasta mediados de los cincuenta

¹²Dado que buscan obtener tasas de ganancia que sean superiores a las que obtienen en sus países de origen, los capitales de países centrales (“monopólicos”) las obtienen a través de la perpetuación del atraso en los países periféricos, la utilización de equipamiento obsoleto y la venta de licencias y royalties. Existe bastante escrito acerca del modo en que los países avanzados se benefician del atraso de los países periféricos. En la línea teórica del marxismo-leninismo, el intercambio con países de menor desarrollo relativo actuaría como una tendencia contrapuesta y compensatoria de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

¹³ Si bien los desequilibrios de balance de pagos fueron recurrentes no sólo durante el proceso sustitutivo (Neffa, 1998), éste agudizó esa dinámica dadas las mayores necesidades de importaciones que requería.

¹⁴ Es por ello que Braun y Joy (1984) hablaron de un modelo “autolimitado” o “estancacionista” en términos de su desarrollo económico. Basualdo (2010) introduce una discusión al respecto, al señalar que hacia mediados de los sesenta, el comportamiento cíclico se había superado y ya no había caída absoluta del PIB sino sólo desaceleración. En este cambio de tendencia habrían jugado un papel tanto las exportaciones de origen industrial como el endeudamiento externo, factores que atenuaban el estrangulamiento de divisas.

primó un modelo de tipo lewisiano o no¹⁵ en el mercado laboral doméstico, la absorción de fuerza de trabajo –y el desempleo urbano- no apareció como un problema social relevante (Llach, 1977; Marshall, 1978) en buena medida debido a las propias características de la industrialización sustitutiva. Sin embargo, hacia mediados de los años cincuenta el sector industrial fue perdiendo dinamismo en la absorción de fuerza de trabajo, debido al pasaje hacia la segunda fase de la ISI, que tuvo un carácter más capital-intensivo. Esta situación se volvió aún más acusada en el decenio siguiente, cuando paralelamente se fue incrementando la capacidad generadora de empleos del sector terciario y la construcción (Llach y Gerchunoff, 1977; Marshall, 1978)¹⁶.

Más allá de la existencia de disparidades en el mercado laboral, éste se mantuvo relativamente integrado, y la distribución del ingreso fue más homogénea en la economía argentina que en otros países de la región (Canitrot, 1975). En efecto, la fuerte presencia sindical tendió a favorecer una homogeneización de las remuneraciones y una menor brecha de ingresos por nivel educativo que en el resto de América Latina (Altimir y Beccaria, 1999; Llach y Gerchunoff, 1978). De esta forma, el modelo de industrialización sustitutiva dio lugar a: (a) un esquema de relativo pleno empleo –si bien las cifras muestran (Tabla 1), hasta mediados de los años sesenta, importantes oscilaciones con algunos picos de alto desempleo urbano- que acompañó el crecimiento de los estratos medios y obreros asalariados, y (b) a una relativamente baja desigualdad, con bajos niveles de pobreza e informalidad (Torrado, 2010: 29; Altimir y Beccaria, 1999: 114)¹⁷. Esto se combinó con una tendencia a la mejora en la distribución funcional del ingreso, en los últimos años de la fase considerada (fundamentalmente, los primeros años de los setenta), a favor de los asalariados (Kennedy, 2012).

Sin embargo, desde mediados de los años setenta, la inflación *estructural* del propio sistema –provocada por las sucesivas devaluaciones implicadas en la dinámica cíclica- más el empeoramiento drástico de los términos de intercambio, condujeron a poner al esquema de industrialización en el patíbulo. En esta dinámica no estuvo ausente el elevado nivel de conflicto social que alcanzó la sociedad argentina. El funcionamiento de la ISI, que hasta entonces había descansado, en buena medida, en la transferencia de renta agraria desde el agro a la industria se vio debilitado en la nueva situación (Iñigo Carrera, 2007). A esto se añadió el nuevo contexto mundial, marcado por el fin de los “treinta años gloriosos”, la crisis del petróleo y la segunda globalización, con el aumento de los flujos de capital financiero y una volatilidad desconocida desde la posguerra. A partir de entonces, se sucedieron diversos ensayos de estabilización y ajuste que marcarían el largo final del esquema de industrialización sustitutiva.

¹⁵ Se trata de un modelo de desarrollo con “oferta ilimitada de fuerza de trabajo” (Lewis, sf). De acuerdo con este modelo teórico, el sector moderno de la economía –en países atrasados caracterizados por una estructura productiva dual- se ve beneficiado con una oferta ilimitada de fuerza de trabajo proveniente del sector atrasado que se encuentra estancado. Lo central es que el sector moderno no debe aumentar los salarios para atraer fuerza de trabajo –éstos ya son superiores a los del sector atrasado- lo que permite dinamizar la acumulación en la fase inicial, a la vez que se incrementa la productividad de éste y se cierra la brecha dualista (Lewis 1954; Neffa, 2008).

¹⁶ Como señala Grondona (2014), un rasgo característico de la estructura ocupacional durante esta fase fue la baja incidencia de los trabajadores por cuenta propia en el quintil más bajo de la distribución del ingreso. Esto podría ser un indicador de la baja incidencia de la informalidad, al menos en sus formas arquetípicas.

¹⁷ Esta relativa homogeneidad, como se insiste en el texto, coexistió con una estructura productiva heterogénea y plural” (Llach, 1978: 559).

Tabla 1. Años 1960-1974. Indicadores socioeconómicos.

	PIB (Var%)	PIB Per Cápita (En \$ ctes. 1993)	Actividad (En %)	Desempleo (En %)	Índice de Precios Consumidor (Var.)	Salario Real (1970=100)	Participación Masa Salarial (% PIB Precios básicos)	Coficiente de Gini (Ingresos totales AMBA)
1960	7,9	4.254	27,1	72,7	36,5	...
1961	8,2	4.527	13,7	79,8	39,2	...
1962	-0,6	4.429	26,1	79,6	38,1	...
1963	-1,4	4.299	48,4	8,8	26,0	78,3	37,2	0,36
1964	11,4	4.716	47,5	7,1	22,1	86,6	37,1	...
1965	10,2	5.121	46,2	5,6	28,6	95,2	38,9	0,35
1966	1,6	5.129	45,4	5,0	31,9	95,6	42,0	...
1967	3,7	5.242	45,6	6,5	29,2	95,2	43,6	...
1968	5,3	5.443	44,6	5,0	16,2	91,3	43,1	...
1969	9,6	5.880	44,3	4,6	7,6	96,0	42,8	0,37
1970	6,4	6.163	44,1	5,2	13,6	100,0	43,9	0,36
1971	4,7	6.352	41,7	6,2	34,7	105,4	44,6	...
1972	2,9	6.428	41,8	7,0	58,5	99,5	41,0	...
1973	4,5	6.601	41,1	5,5	60,3	114,6	44,9	...
1974	6,7	6.928	40,4	4,2	24,4	132,2	48,8	0,37

Nota: Se tomó el PIB a precios constantes de 1993.

Fuente: Elaboración propia a partir de:

PIB: Gerchunoff y Llach (2008) y Ferreres (2005).

Actividad, Desempleo y Subempleo: Ferreres (2005)

Índice de Precios: Gerchunoff y Llach (2008) e INDEC.

Distribución funcional: Kennedy (2012)

Desigualdad (Gini): CEPAL (1987) en base a: Encuesta de Presupuestos de Consumo (1963); Encuesta de Consumo de Alimentos (1965); Encuesta de Presupuestos Familiares (1969), Encuesta de Empleo y Desempleo (1970); y elaboración propia a partir de microdatos de la EPH (1974).

II. b. *El largo adiós. La fase final del modelo de sustitución de importaciones (1974-1988)*

Si bien el ciclo económico había mostrado algunos signos de morigeración desde mediados de los sesenta (Basualdo, 2011) y las exportaciones no tradicionales de origen industrial habían aumentado hasta representar casi un cuarto del total exportado por el país en el año 1974 (Damill y Frenkel, 1993), las tensiones acumuladas por el modelo de industrialización sustitutiva –alta inflación, déficit fiscal y restricción externa en el contexto de la segunda globalización–, dieron lugar a diversos *planes de estabilización* y “shocks” de carácter ortodoxo, tendientes a “corregir” los desequilibrios más acusados. Tras un primer intento fallido del gobierno justicialista¹⁸, el gobierno militar ensayó un programa de desregulación financiera y apertura comercial que tuvo severas consecuencias sobre la estructura distributiva y el entramado productivo.

¹⁸ En el historial de planes de estabilización, el más resonante de los cuales fue el de Krieger Vasena en 1967, el gobierno justicialista de Estela Martínez de Perón se lanzó, en 1975, hacia un programa de ajuste ortodoxo, que se conoció como *Rodrigazo*: devaluación, liberación de precios, ajuste de tarifas, y un aumento de salarios por debajo del que tendrían los demás precios de la economía (Gerchunoff y Llach, 2008). Se trataba de un esquema que implicaba, a la manera tradicional del ajuste de balance de pagos, una pérdida de poder adquisitivo de los salarios, con su correlato en procesos de desigualdad distributiva. Este plan fracasó, en buena medida por la fuerte oposición obrera que arrebató incrementos salariales mayores a los prometidos, y la economía acabó descalabrándose.

Este programa económico tuvo un efecto relevante sobre el tipo de comportamiento cíclico que había mantenido la economía argentina hasta entonces. Por una parte, la desregulación financiera, al liberar las tasas de interés, interrumpió el ciclo de financiamiento industrial a partir de la tasa de interés real negativa que había caracterizado a la Posguerra (Canitrot, 1981; Iñigo Carrera, 2007)¹⁹. Este programa se complementó, a su vez, con la apertura comercial, con el propósito de hacer converger los precios internos con la inflación internacional. El ingreso de bienes importados, sumado a la finalización de financiamiento accesible, comenzó a horadar el aparato productivo argentino que se había desarrollado hasta mediados de los setenta²⁰ y –cabe suponer– profundizó la heterogeneidad estructural preexistente en una economía “cerrada”²¹.

La desregulación financiera y la apreciación cambiaria favorecieron el endeudamiento con el exterior, lo que introdujo modificaciones en algunos elementos claves del régimen social de acumulación. El incremento de sus pasivos en divisas implicó que la dificultad externa del país se desplazara desde la cuenta corriente del balance de pagos hacia la cuenta capital. De esta forma, ya no fue posible corregir la restricción externa a través de una devaluación –como en la etapa del *stop and go*-. En efecto, los desajustes del balance de pagos por falta de divisas para el pago de importaciones se resolvían por medio de un “enfriamiento”, que hacía posible volver a importar una vez que se liberaba parte de la demanda de los bienes exportables. En cambio, el problema de la economía argentina –y de la región- a partir de fines de los setenta, fue la insuficiente capacidad de generar las divisas necesarias para costear el pago de sus compromisos externos. Esta falta de divisas constituyó una fuente adicional de endeudamiento, lo que llevó a algunos autores a hablar de un nuevo tipo de ciclo: el *go and crush* (Schvarzer y Tavonanska, 2008)²².

El plan económico de ajuste no consiguió resolver las dificultades que pretendía encarar. Luego de una primera fase en la que el nuevo gobierno democrático intentó retornar a un esquema económico propio de la Posguerra de “crecimiento con distribución del ingreso”, las dificultades para hacer frente al déficit fiscal, que requerían de emisión monetaria y conducían a una mayor inflación, y las dificultades para afrontar los pagos de la deuda externa, llevaron a un nuevo intento de estabilización en junio de 1985²³. Este programa, conocido como Plan

¹⁹ A partir de 1977, la administración militar propició una reforma financiera que le cambiaría la cara al proceso argentino de acumulación de capital. Si, hasta entonces, el Banco Central regulaba el comportamiento de las tasas de interés y permitía, en un contexto de alta inflación, que las empresas –especialmente, las industriales- se financiaran a tasas reales negativas, la desregulación del mercado financiero puso un freno a este esquema económico. De acuerdo con Basualdo (2011), esta dinámica habría originado un nuevo modelo de acumulación basado en la *valorización financiera*.

²⁰ A partir de diciembre de 1978, el gobierno militar comenzó a aplicar el denominado *enfoque monetario del balance de pagos*. Para hacer converger los precios internos con los externos, se aplicó un esquema pautado de devaluaciones (la “tablita”) que compensarían la inflación interna. Pero, dado que la inflación fue mayor que lo pronosticado, el ritmo devaluatorio fue insuficiente, y el resultado acabó por ser una importante sobrevaluación cambiaria (Basualdo, 2011).

²¹ En un trabajo pionero sobre la heterogeneidad estructural, Llach (1978: 560) señaló que hacia mediados de los setenta cada estrato de productividad (alta, intermedia y baja) se distribuían de forma bastante semejante la fuerza de trabajo ocupada, si bien con un mayor peso relativo del sector intermedio.

²² Uno de los primeros episodios críticos de esta dinámica se expresó en la “crisis de la deuda” que sacudió a la economía argentina –y a otras de América Latina- en 1982 y contribuyó a marcar el final del régimen militar.

²³ Debe mencionarse que el gobierno de Alfonsín logró bajar fuertemente el déficit fiscal a través de la reducción del gasto (Ortiz y Schorr, 2006). Sin embargo –y de un modo que sería imitado por el siguiente gobierno radical de la nueva era democrática- parte de este logro se sustentó en la reducción de

Austral²⁴, buscó lograr una reducción significativa de la inflación y del déficit fiscal, operando sobre las expectativas (Gerchunoff y Cetrángolo, 1989). Para ello, se proponía un congelamiento de precios, el cambio de signo monetario, y el gobierno se comprometía a dejar de financiarse por vía de la emisión monetaria (Gerchunoff y Llach, 2008). El nuevo plan de estabilización estipulaba que el cese de la inflación iba a permitir la recuperación de las finanzas públicas y de la inversión. El éxito inicial de este programa, con la reducción de la inflación, se tradujo en un incremento del poder de compra y en un crecimiento del PIB. No obstante, la “inflación residual” (Damill y Frenkel, 1993) llevó a que el esquema de precios congelados se fuera deteriorando. Es por ello que ya a comienzos de 1986 –el mejor año, en materia económica, de toda la década- el programa de ajuste empezó a liberalizarse. Se empezaron a suceder mecanismos de ajuste y la economía pareció tender, nuevamente, hacia la indexación y la alta inflación.

La breve duración del plan de estabilización de mediados de los ochenta fue perfilando en el equipo gobernante el consenso –que más tarde se generalizaría a buena parte de la sociedad, pero ya bajo otra administración- acerca de la necesidad de implementar *reformas estructurales* sobre el funcionamiento del capitalismo argentino. En 1987 se registró el primer intento de realizarlas, pero el mismo fracasó en el contexto de creciente impotencia política del gobierno.

Los últimos años del gobierno radical se caracterizaron por los intentos pragmáticos de controlar una economía desbocada y encaminada hacia la hiperinflación, sin la posibilidad política de llevar a cabo grandes paquetes de reforma. En este marco, se ensayó un último plan de estabilización en 1988²⁵, de magros resultados y poco exitoso. Tras su fracaso, la Argentina entró en una moratoria de su deuda externa y, finalmente, en una estampida hiperinflacionaria en el verano de 1989²⁶.

Las diversas políticas implementadas a lo largo de este período tuvieron diversos efectos sobre la estructura económica y el mercado de trabajo. Entre 1974 y 1988, el PIB del país creció 1,4%, mientras que el PIB per cápita –en pesos de 1993- cayó 8,6%. Si se toman sólo los años 1980-1988, el desempeño macroeconómico fue aún más calamitoso, puesto que el PIB no se expandió y el PIB per cápita cayó casi 14% (Tabla 2).

Esta débil dinámica del capitalismo argentino en la fase final del régimen de sustitución de importaciones tuvo su correlato en el mercado laboral. El empleo creció a un promedio de 1,1% anual entre 1974 y 1988, pero sólo 0,9% promedio si se considera el período 1976-1987. No

jubilaciones y salarios públicos, erogaciones corrientes e inversiones en mantenimiento (Damill y Frenkel, 1993), lo que fue perfilando también el clima cultural de deterioro de los bienes públicos que haría posible su posterior privatización.

²⁴ De acuerdo con Katz (2014), el Plan Austral fue un intento de estabilización de la nueva “ortodoxia” que había abandonado el *viejo* estructuralismo de CEPAL y se había volcado hacia el *neoestructuralismo*, que ya no ponía énfasis en la crítica del orden mundial.

²⁵ El denominado Plan Primavera, lanzado en agosto de 1988, fue mucho más débil en su planeamiento que su antecesor, el Plan Austral. En efecto, sus modestos objetivos se limitaron a un acuerdo entre las grandes cámaras empresarias y sindicatos para frenar la estampida de precios. No obstante, la estabilización no se consiguió y la inflación siguió su curso.

²⁶ De acuerdo con aportes de la sociología económica (Abeles, 1999; Castellani, 2002), la crisis hiperinflacionaria habría sido una respuesta de los acreedores externos a la moratoria lanzada por el gobierno. Los bancos interpretaron la moratoria como un respaldo del gobierno al capital concentrado interno, que se beneficiaba del déficit fiscal. Esto condujo a la ruptura del bloque dominante y a su disciplinamiento por parte del capital financiero internacional.

obstante, durante la fase de gobierno militar (1976-1983), y pese al intenso programa de shock macroeconómico, el desempleo no se incrementó sustantivamente, aunque se redujo la tasa de actividad –lo que explicaría que aquél no haya sido mayor-. En cambio, ya durante la fase de apertura democrática (1983-1988) el desempleo mantuvo una tendencia ascendente que ya no se detendría. De este modo, a lo largo del período, la tasa de desocupación pasó de 4,2 a 6,3% y el subempleo ascendió de 5 a 7,9% en los aglomerados urbanos relevados por la Encuesta Permanente de Hogares. Al mismo tiempo, los ensayos de apertura y reforma produjeron cambios al interior de las firmas, teniendo, entre otros efectos, una mayor heterogeneidad de la clase trabajadora y de los trabajadores independientes (Villarreal, 1985).

El poder adquisitivo del salario se redujo 30%, aunque no sin sobresaltos, a lo largo del período, como consecuencia de las distintas políticas implementadas. El correlato de este brutal deterioro fue la caída –no menos importante- de la participación asalariada en la distribución funcional del ingreso (Lindenboim, Kennedy y Graña, 2010): a partir del comienzo del programa de ajuste del gobierno militar, la masa salarial como porcentaje del ingreso cayó 17 p.p. y ya nunca retomó los niveles alcanzados en los comienzos de la etapa analizada. Esta dinámica condujo al incremento progresivo del porcentaje de personas bajo la línea de pobreza, que pasó de 4,7 a 20,6%, siendo un indicador fundamental del deterioro sostenido de las condiciones de vida de la población argentina.

Tabla 2. Años 1974-1988. Principales indicadores socioeconómicos.

	PIB (Var%)	PIB Per Cápita (En \$ ctes. 1993)	Var % Ocupados	Actividad (En %)	Desempleo (Aglom. EPH)	Subempleo (Aglom. EPH)
1974	6,7	6.928	3,5	40,4	4,2	5,0
1975	0,6	6.857	2,8	39,9	3,7	5,4
1976	0,5	6.785	0,1	39,3	4,8	5,3
1977	7,4	7.179	0,7	38,7	3,3	4,0
1978	-2,4	6.902	-0,1	38,9	3,3	4,7
1979	7,8	7.327	1,2	38,3	2,5	3,8
1980	1,7	7.343	0,9	38,4	2,6	5,2
1981	-5,7	6.817	-0,7	38,4	4,8	5,5
1982	-3,1	6.502	1,3	38,4	5,3	6,6
1983	3,7	6.642	-1,1	37,4	4,7	5,9
1984	1,8	6.662	2,8	37,9	4,6	5,7
1985	-6,6	6.129	0,3	38,1	6,1	7,3
1986	7,3	6.480	3,3	38,7	5,6	7,4
1987	2,6	6.550	0,0	39,2	5,9	8,4
1988	-1,9	6.333	0,9	39,1	6,3	7,9

	Inversión (% PIB)	Sector industrial (% PIB)	Inversión Ext. Directa (Var%)	Reservas (Var %)	Res. Prim. Sec. Público (% PIB)	Deuda Externa (1970=100)
1974	18,9	22,9	...	-5,1	-2,7	126,4
1975	19,6	22,5	...	-53,9	-5,7	209,7
1976	21,2	21,8	...	186,9	-4,9	275,2
1977	24,1	22,1	...	118,0	-1,2	403,8
1978	21,5	20,4	...	50,9	-1,6	367,9
1979	22,1	21,0	...	73,9	-2,0	422,7
1980	24,0	19,9	...	-28,1	-2,2	572,5
1981	21,3	18,5	19,8	-49,0	-2,4	784,5
1982	18,4	18,6	-72,8	-19,0	-2,2	806,9
1983	17,7	19,2	-28,8	6,4	-3,2	1081,2
1984	16,8	19,3	46,4	9,2	-1,3	1072,5
1985	14,7	18,7	242,9	71,6	4,5	1076,3
1986	15,9	19,5	-37,5	-28,6	4,6	1243,5
1987	17,8	19,2	-96,7	-20,0	2,1	1460,1
1988	17,6	18,6	5936,8	92,0	-2,7	1468,4

	Índice de Precios Consumidor (Var.)	Índice de Precios Mayoristas (Var.)	Salario Real (1970=100)	Participación Masa Salarial (% PIB Precios básicos)	Productividad (1970=100)	Pobreza (En %)
1974	24,4	20,0	132,2	48,8	105,1	4,7
1975	182,4	192,5	129,5	47,4	101,5	...
1976	444,0	499,0	81,4	30,4	101,0	...
1977	176,0	149,5	77,9	29,2	107,4	...
1978	171,4	146,0	78,8	32,3	104,5	...
1979	163,4	149,3	89,3	35,2	110,6	...
1980	100,8	75,4	101,5	40,5	113,1	8,3
1981	104,5	109,6	94,2	38,0	109,1	8,3
1982	164,8	256,2	77,4	28,7	104,9	8,3
1983	343,8	360,9	102,6	33,2	109,2	19,1
1984	626,7	573,6	114,1	39,1	107,9	14,9
1985	672,2	662,9	98,7	38,8	100,4	17,7
1986	90,1	63,9	97,8	40,4	104,1	12,7
1987	131,1	122,9	92,5	38,4	106,8	20,6
1988	343,0	412,5	82,4	32,4	103,8	32,3

Nota: Se tomó el PIB a precios constantes de 1993.

Fuente: Elaboración propia a partir de:

PIB: Gerchunoff y Llach (2008) y Ferreres (2005).

Población y Ocupados: CELADE-CEPAL, Ferreres (2005) y Kennedy (2012).

Actividad, Desempleo y Subempleo: EPH-INDEC.

Distribución Funcional: Kennedy (2012) y Lindenboim, Kennedy y Graña (2010).

Inversión Extranjera Directa: CEPAL.

Reservas BCRA y Deuda Externa: Ferreres (2005).

Sector Público: Ferreres, O. (2005) y Oficina Nacional de Presupuesto, MECON (período 2004-2012).

Índice de Precios: Gerchunoff y Llach (2008) e INDEC.

Salario Real y Productividad: Kennedy (2012)

Pobreza: SEDLAC (CEDLAS y Banco Mundial) y EPH-INDEC.

II. c. “Tiempo nuevo”. Crisis hiperinflacionaria, políticas de ajuste, reformas estructurales y apertura económica (1988-2002).

La estampida hiperinflacionaria del verano de 1989, que implicó una entrega anticipada del gobierno por parte del partido radical a la nueva administración justicialista de Carlos Menem, hizo posible que éste avanzara en el proceso de *reformas estructurales* que había quedado trunco en 1987. Como indicaron Damill y Frenkel (1993), la crisis hiperinflacionaria –de la que iba a haber una nueva experiencia en 1990- generó una suerte de “consenso” que buscó presentar a la política reformista como *un proceso inevitable*.

Esta nueva dinámica del capitalismo argentino se inscribió en los cambios ocurridos en el contexto político-económico mundial, que Fanelli (2003) sitúa bajo el concepto de “*segunda globalización*”. Esta nueva fase del comercio mundial se inició a mediados de los años setenta, tras el abandono de los acuerdos de Bretton Woods por parte de los Estados Unidos, y, como ya se indicó, el fin de los “treinta años gloriosos” y la crisis del petróleo (Nochteff, 1999). La segunda globalización se caracterizó por el incremento de flujos de capitales financieros y los ciclos de endeudamiento de los denominados países “en desarrollo”, lo que implicó el fin de los esquemas semi-cerrados que habían proliferado desde la segunda posguerra. A nivel planetario, supuso el cambio de las relaciones entre el capital y el trabajo, el incremento de la precarización laboral y de las relocalizaciones del capital.

Las condiciones internacionales de la segunda globalización, fortalecidas por la caída del bloque soviético, tomaron cuerpo en el denominado Consenso de Washington (Fischer, 2012). El mismo convocaba a los países “emergentes” a estabilizar sus presupuestos –reduciendo el déficit fiscal-, desregular y abrir la economía al comercio internacional, privatizar empresas públicas y dar lugar a nuevos mercados para el capital extranjero. Los distintos países de la región avanzaron en la aplicación de políticas de reforma para dejar atrás una fase de “estancamiento” que, según el diagnóstico de esta hora, era resultado de la sustitución de importaciones “fácil” que había sido protegida por el Estado.

El programa de estabilización basado en el Consenso de Washington tuvo un doble carácter. En primer lugar, se avanzó sobre las empresas públicas iniciando el proceso de privatización que las llevó a manos de grandes capitales nacionales e internacionales. En segundo lugar, se avanzó con un programa de emergencia económica que redujo aranceles de protección, regímenes de promoción y subsidios. Las denominadas *reformas estructurales* avanzaron, así, sobre el corazón del modelo de acumulación que había sobrevivido a los sucesivos ensayos y shocks precedentes²⁷.

Sin embargo, si bien el paquete de reformas estructurales permitió un mayor control sobre el déficit público, no permitió recomponer el ciclo de crecimiento ni doblegar la inflación. Es por ello que se estableció un régimen de paridad cambiaria fija, al estilo de una caja de conversión – conocido como *plan de convertibilidad*-, y el Estado renunció a todo mecanismo de regulación

²⁷ Se trató de la “ley de emergencia económica” y la “ley de reforma del Estado” (Gerchunoff y Torre, 1996). La primera de ellas, además de terminar con la asistencia económica y los regímenes de promoción industrial, concluía las preferencias dadas a empresas nacionales en las compras del Estado y avanzaba sobre el empleo público y la administración. La segunda ley estableció un marco normativo para la privatización de empresas públicas: desde las compañías telefónicas hasta los ferrocarriles, complejos siderúrgicos, las rutas y los puertos.

de política económica²⁸. De este modo, la apertura comercial, la apreciación cambiaria y el tipo de cambio fijo debían permitir el “disciplinamiento” de los precios internos, al hacerlos converger con la inflación norteamericana. Como señalan Damill, Frenkel y Maurizio (2003), el nuevo sistema cambiario supuso a su vez un nuevo esquema de precios relativos, desfavorable para el sector productor de bienes transables, y en general beneficioso para el sector productor de bienes no transables y de servicios. En este último caso, además, las empresas privatizadas no sólo se vieron beneficiadas por este esquema de precios, sino también por la obtención de ganancias extraordinarias o de monopolio²⁹.

La apertura comercial en el contexto del histórico carácter desequilibrado y estructuralmente heterogéneo de la economía argentina tuvo efectos decisivos en términos del régimen social de acumulación preexistente. Como indica Salvia (2012), en una economía capitalista periférica sometida a una pauta de desarrollo desigual, cabe esperar que la apertura y la desregulación agudicen la heterogeneidad estructural y tiendan a generar excedentes de población dada la baja capacidad de absorción de fuerza de trabajo de los sectores más dinámicos. En este marco, se observó a lo largo del período que las empresas tendieron a focalizarse en ámbitos en que pudieran explotar ventajas comparativas, lo que llevó a la industria a adquirir un perfil reprimarizado (Schorr, 2002). A la vez, las pequeñas y medianas empresas se vieron sometidas a la presión competitiva de los bienes importados al tiempo que eran reemplazados como proveedores de las grandes empresas. El balance fue, por lo tanto, de mayor concentración económica y extranjerización –propiciada por la venta de empresas nacionales-, por un lado, y de retracción productiva por otro. Si bien el descenso de la industria sobre el PIB no fue tan pronunciado como para hablar de *desindustrialización*, es relevante constatar el cambio de perfil de la industria argentina y sus consecuencias sobre distintos eslabonamientos preexistentes.

El nuevo modelo de estabilización fue muy exitoso en cuanto a sus metas en el corto plazo. A diferencia de los sucesivos “shocks” ensayados con anterioridad, el nuevo programa –mucho más amplio y ambicioso que los que le precedieron- permitió que el PIB volviera a crecer, que subiera la inversión y que aumentara el ingreso de capitales junto al incremento correlativo de las reservas. Sin embargo, el punto flaco del esquema implementado era que la apreciación cambiaria suponía un abaratamiento de las importaciones, y esto provocaba un déficit crónico de la balanza comercial. Dicho déficit debía cubrirse con el ingreso de capitales³⁰. De acuerdo con el modelo de caja de conversión, la falta de divisas iba a implicar una restricción del mercado local, haría subir la tasa de interés doméstica –ya que la circulación de pesos se haría más exigua- y eso atraería nuevos capitales, desandando el ciclo. Sin embargo, lo cierto es que el costo de este modelo era una recesión, en la que el gobierno careció de instrumentos

²⁸ El primer ensayo económico del gobierno menemista estuvo a cargo de ejecutivos del grupo Bunge y Born y acabó en un nuevo episodio hiperinflacionario. Esto fue lo que llevó a establecer, a partir del 1° de enero de 1992, un régimen de convertibilidad con paridad fija. Al renunciar a todo mecanismo de política económica, el gobierno buscaba ya no “controlar” sino *anular* (Gerchunoff y Llach, 2008) la inflación.

²⁹ De acuerdo con Gerchunoff y Torre (1996: 740), el proceso de privatización de empresas públicas se dio en el marco de una relación de fuerzas desfavorable para el gobierno, acuciado por la necesidad de corregir el desbalance fiscal para resolver el problema inflacionario. En este sentido, el gobierno cedió a los potenciales compradores y el marco regulatorio resultante fue muy débil, de tal modo que el resultado fue la configuración de *cuasi rentas de privilegio*. En idéntico sentido se pronuncia Abeles (1999).

³⁰ Como indican Damill, Frenkel y Maurizio (2003), el esquema de caja de conversión fue posible en buena medida por las bajas tasas de interés a nivel mundial vigentes a principios de los noventa y la gran circulación de capital financiero, los que harían posible sostener el balance de pagos cuando éste tuviera déficit. Algo similar había ocurrido durante los inicios de la dictadura militar (Nochteff, 1999).

económicos de carácter expansivo o contra cíclicos, por no disponer de elementos de política monetaria.

Esta fragilidad externa del modelo económico se tornó evidente tras dos grandes crisis de los países emergentes ocurridas en 1994 y en 1998 –la crisis mexicana y la crisis rusa, respectivamente. En ambos casos, el esquema económico tambaleó como resultado de una fuerte recesión originada por la fuga de capitales. Si bien la primera de ellas, que azotó a la economía argentina en 1995, pudo ser capeada con financiamiento externo, la segunda de ellas selló el destino del modelo de caja de conversión³¹. La nueva administración radical, electa en 1999, buscó equilibrar las cuentas públicas y recuperar la confianza de los mercados reduciendo el gasto, bajando sueldos y jubilaciones, entre otras medidas. Sin embargo, la crisis se profundizó. En este marco, y bajo una aguda crisis institucional, en enero de 2002, un gobierno provisional encaró la devaluación de la moneda y puso fin al modelo de caja de conversión.

Las reformas implementadas tuvieron diversos efectos sobre la dinámica macroeconómica y el mercado de trabajo. En cuanto al desempeño del PIB, se aprecia que, entre 1988 y 1990 –el año previo a la estabilización macroeconómica-, aquél se redujo 2,7% anual en promedio; mientras que entre 1991 y 1998 el PIB se expandió a un promedio de 5,5% anual, con la sola excepción del año 1995, resultado de la crisis del Tequila. Finalmente, entre 1999 y 2002, el PIB cayó 4,9% anual en promedio. De esta manera, el PIB per cápita era, en 2002, 1% más bajo que en 1988 y 10% más bajo que en 1974, lo que permite evaluar la magnitud de la crisis de fines de siglo en la Argentina (Tabla 3). Uno de los rasgos más acusados del nuevo régimen de acumulación fue la llamada *paradoja del crecimiento sin empleo* (Monza, 2000). La destrucción de empleos originada por la apertura económica y la reforma del Estado, así como los avances en materia de cambios organizacionales en las empresas, junto con los despidos y retiros voluntarios, dieron a esta etapa un característico rasgo regresivo en materia de absorción de fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, dada la apreciación cambiaria, se abarató relativamente el capital frente al trabajo, lo que indujo cambios técnicos. En este marco, las firmas enfrentaron las nuevas condiciones macroeconómicas con estrategias diversas, caracterizadas por las inversiones puntuales en el proceso productivo tratando solucionar problemas específicos, las racionalizaciones de personal agresivas o reordenamiento de las tareas en planta, y no siempre fueron exitosas (Kosacoff y Ramos, 2001). A ello se sumaron las modificaciones encaradas sobre las regulaciones laborales que transformaron decisivamente la relación salarial que había primado en la sociedad argentina desde la posguerra (Neffa, 1998). Las ocupaciones tradicionalmente configuradas como “refugio” no lograron revertir un panorama de creciente desocupación y pauperización³². En este marco, como resultado de la aplicación del programa de reformas y ajuste estructural, se produjo un incremento de la heterogeneidad de la estructura

³¹ Cuando en diciembre de 1994 estalló, en México, la crisis del Tequila, la Argentina sufrió una fuerte fuga de capitales que redujo sus reservas internacionales y provocó una contracción. Ésta sólo fue superada cuando, en marzo de 1995, el gobierno acordó con el Fondo Monetario Internacional un nuevo crédito que permitió sostener la convertibilidad. Por su parte, en agosto de 1998, la crisis rusa iba a sellar la suerte final del modelo de convertibilidad. La fuga de capitales se aceleró y provocó una fuerte recesión, con su correlato en la pauperización y en el deterioro del escenario laboral. Hacia el fin del ciclo, los organismos multilaterales rechazaron seguir financiando a la Argentina y propiciaron una devaluación.

³² Una buena descripción del deterioro social de la Argentina y sus determinantes próximos en el largo plazo se encuentra en Lindenboim (2012).

ocupacional, expresado en el aumento del empleo en el sector informal³³, pero también en la sostenida generación, por parte del modelo de acumulación, de excedentes de fuerza de trabajo (Salvia, 2012)³⁴.

En este escenario, el empleo se incrementó sólo 0,3% entre 1988 y 2002, con comportamientos muy desiguales según el momento del ciclo económico. La tasa de desocupación trepó de 6,3 a 19,7% de la fuerza de trabajo y el subempleo pasó de 7,9 a 19,3%, en el marco de incrementos de la tasa de actividad como respuesta al deterioro de los ingresos de la población ocupada. En efecto, el salario real cayó 4% entre 1988 y 2001 y 28% si se toma como punto de comparación el año 2002, inmediatamente después de la devaluación de la moneda. Como un correlato de estos procesos, la tasa de pobreza pasó de 20,6 a 49% en 2002. La participación asalariada en la distribución factorial del ingreso reconoció una tendencia no lineal. En primer lugar, el efecto inmediato de la estabilización fue una inicial recomposición de la participación en el ingreso, como resultado de la mejora de las remuneraciones en un escenario de baja inflación. Sin embargo, luego de llegar a un pico máximo a mediados de la década, la participación de los salarios retornó a su dinámica descendente y llegó, en el año 2002, a niveles similares a los del inicio de la dictadura militar (Lindenboim, Kennedy y Graña, 2010).

³³ En la línea teórico-empírica de PREALC-OIT (1978), el concepto de *sector informal* pasó a definir a aquellas unidades productivas con baja productividad, poca o nula distinción con las unidades domésticas, y que típicamente se configuraron como “refugio” de la fuerza de trabajo que no encontraba ocupación en el sector dinámico de la economía.

³⁴ El concepto de *masa marginal* fue introducido por Nun (2003 [1969]) para dar cuenta de aquella parte de la superpoblación relativa que no cumple un rol de *ejército industrial de reserva* para el proceso de acumulación del sector capitalista más avanzado. Esta posición fue criticada por su planteo acerca de la “no funcionalidad” de esa parte de la fuerza de trabajo (Villavicencio, 1978).

Tabla 3. Años 1988-2002. Principales indicadores socioeconómicos.

	PIB (Var%)	PIB Per Cápita (En \$ ctes. 1993)	Var % Ocupados	Actividad (En %)	Desempleo (Aglom. EPH)	Subempleo (Aglom. EPH)
1988	-1,9	6.333	0,9	39,1	6,3	7,9
1989	-6,2	5.855	2,1	39,8	7,6	8,6
1990	0,1	5.777	0,1	39,1	7,5	9,1
1991	8,9	6.206	3,8	39,5	6,5	8,3
1992	8,7	6.654	1,5	40,0	7,0	8,2
1993	6,0	6.961	0,9	41,3	9,6	9,1
1994	5,8	7.275	-1,7	41,0	11,4	10,3
1995	-2,8	6.981	-3,2	42,0	17,5	11,9
1996	5,5	7.281	-0,1	41,5	17,2	13,1
1997	8,1	7.781	6,0	42,2	14,9	13,2
1998	3,9	7.991	3,5	42,2	12,9	13,5
1999	-3,4	7.637	0,7	42,6	14,3	14,3
2000	-0,8	7.498	-1,5	42,6	15,1	14,6
2001	-4,4	7.096	-3,3	42,5	17,4	15,6
2002	-10,9	6.273	-5,9	42,4	19,7	19,3

	Inversión (% PIB)	Sector industrial (% PIB)	Inversión Ext. Directa (Var%)	Reservas (Var %)	Res. Prim. Sec. Público (% PIB)	Deuda Externa (1970=100)
1988	17,6	18,6	5936,8	92,0	-2,7	1468,4
1989	14,2	18,5	-10,4	-48,1	-2,3	1695,4
1990	12,7	18,2	78,6	75,9	-0,9	1575,7
1991	14,7	18,1	32,8	55,9	1,4	1581,4
1992	17,8	18,4	33,9	34,2	3,0	1665,7
1993	19,1	18,2	-36,0	44,8	3,7	1872,7
1994	20,5	18,0	25,6	3,2	2,0	2154,8
1995	18,3	17,2	56,8	-11,0	1,8	2336,2
1996	18,9	17,4	30,0	5,9	0,6	2608,4
1997	20,6	17,5	3,0	4,1	2,9	2731,4
1998	21,1	17,2	-9,8	6,5	2,1	3005,7
1999	19,1	16,4	348,3	-2,6	1,5	3248,9
2000	17,9	15,9	-57,2	-1,9	2,9	3417,0
2001	15,8	15,4	-78,9	72,5	1,3	3799,3
2002	11,3	15,4	38,4	-65,4	3,6	4028,8

	Índice de Precios Consumidor (Var.)	Índice de Precios Mayoristas (Var.)	Salario Real (1970=100)	Participación Masa Salarial (% PIB Precios básicos)	Productividad (1970=100)	Pobreza (En %)
1988	343,0	412,5	82,4	32,4	103,8	32,3
1989	3079,5	3432,6	66,1	28,1	94,8	47,3
1990	2314,0	1606,9	79,4	37,8	92,2	42,5
1991	171,7	110,5	81,5	42,4	98,0	28,9
1992	24,9	6,0	85,9	45,8	105,0	19,3
1993	10,6	1,6	89,7	46,2	110,2	17,7
1994	4,2	0,7	90,4	44,5	119,1	16,1
1995	3,4	7,8	83,7	41,9	119,8	22,2
1996	0,2	3,6	79,5	37,9	126,4	26,7
1997	0,5	0,1	79,1	38,2	128,7	26,3
1998	0,9	-3,2	81,1	40,3	130,0	24,3
1999	-1,2	-3,8	78,8	41,2	125,4	27,1
2000	-0,9	4,1	77,9	39,4	126,5	29,7
2001	-1,1	-2,3	79,1	40,0	125,0	32,7
2002	25,9	76,9	60,0	30,8	119,6	49,7

Nota: Se tomó el PIB a precios constantes de 1993.

Fuente: Elaboración propia a partir de:

PIB: Gerchunoff y Llach (2008) y Ferreres (2005).

Población y Ocupados: CELADE-CEPAL, Ferreres (2005) y Kennedy (2012).

Actividad, Desempleo y Subempleo: EPH-INDEC.

Distribución Funcional: Kennedy (2012) y Lindenboim, Kennedy y Graña (2010).

Inversión Extranjera Directa: CEPAL.

Reservas BCRA y Deuda Externa: Ferreres (2005).

Sector Público: Ferreres, O. (2005) y Oficina Nacional de Presupuesto, MECON (período 2004-2012).

Índice de Precios: Gerchunoff y Llach (2008) e INDEC.

Salario Real y Productividad: Kennedy (2012)

Pobreza: SEDLAC (CEDLAS y Banco Mundial) y EPH-INDEC.

II. d. La década *pasada*. Crecimiento económico y heterodoxia neodesarrollista (2002-2012).

La inviabilidad del modelo de economía abierta con sobrevaluación cambiaria —expresada en la fragilidad externa y la virulencia con que impactaron las distintas crisis internacionales a lo largo de la década del noventa, así como en el fuerte deterioro ya comentado del escenario sociolaboral— condujo a la crisis sistémica más destacada de la historia económica argentina. En este marco, un gobierno provisional lanzó una serie de medidas de emergencia, entre las que se destacó la finalización del régimen de convertibilidad y la devaluación de la moneda nacional³⁵. Para contener parte del fuerte efecto inflacionario de la devaluación, el gobierno implementó un sistema de retenciones a las exportaciones que, adicionalmente, permitió reconstruir las finanzas públicas y la capacidad de intervención estatal.

Luego de una fase en la que se habían impuesto los conceptos y lineamientos políticos de tipo “pro-mercado”, hacia el final de la década de los noventa fue naciendo un nuevo consenso que revisaba el esquema anterior y otorgaba al Estado una importancia crucial en el proceso de acumulación³⁶. De esta manera se configuró una suerte de consenso *heterodoxo* neodesarrollista³⁷, que fue tomando cuerpo y ganando adeptos en los distintos países de la región (Félicz, 2013). De acuerdo con este “nuevo consenso” —y basándose en una revisión de los planteos clásicos de CEPAL— la evolución macroeconómica de América Latina y su posibilidad de transitar una senda de desarrollo, pasó a depender de la posibilidad de mantener un tipo de cambio real alto que garantizara fuertes ingresos para el sector exportador concentrado (ya no sólo agrario sino, sobre todo, agroindustrial) y de mantener ingresos laborales relativamente bajos, como una ventaja competitiva frente a los países desarrollados (Bresser-Pereira, 2010)³⁸. En la viabilidad de este esquema resultaba crucial el papel activo del Estado en la economía.

Precisamente, el escenario macroeconómico resultante de la crisis argentina de comienzos de siglo descansó en el mantenimiento de un tipo de cambio real competitivo y estable (Damill, Frenkel y Rapetti, 2014) que hizo posible mejorar el balance comercial, al reducir sensiblemente la capacidad importadora, lo que redundó en una mejora de las reservas internacionales. El programa económico se complementó con una reestructuración de la deuda externa en el año 2005, luego de que la Argentina hubiera declarado su *default* en el año 2001 de forma unilateral. En su conjunto, esta política implicó una reformulación del régimen social de acumulación que se había consolidado en la etapa de reformas y supuso una “vuelta” al mercado interno como rasgo fundamental de la nueva dinámica macroeconómica.

Este esquema hizo posible que se relanzara el ciclo de acumulación de capital en la economía argentina. La mejora de las cuentas externas (tanto la cuenta corriente como la cuenta capital y

³⁵ Se trató de la Ley 25.561 de Emergencia Pública y Reforma del régimen cambiario, sancionada en el año 2002.

³⁶ El otrora Consenso de Washington es criticado, en la actualidad, por quienes lo habían impulsado (Birdsall y De la Torre, 2001). Se argumenta que, en pos de la *eficiencia* se dejó a un lado la *equidad* distributiva.

³⁷ Este consenso tomó la forma en la firma de un documento, por parte de renombrados economistas, titulado “Diez tesis sobre el nuevo desarrollismo”.

³⁸ Como se recordará, para el pensamiento cepalino de Prebisch (1949) y para el enfoque de las estructuras productivas desequilibradas, de Diamand (1972), el sector exportador debía proveer divisas para el sector industrial, aunque no se mencionaba la necesidad de mantener un nivel salarial relativamente bajo. Véase una excelente síntesis crítica de este modelo *neodesarrollismo* en Félicz (2012).

financiera), por un lado, permitió inicialmente moderar la restricción externa (Bekerman y otros, 2014) que había caracterizado a la dinámica cíclica del subdesarrollo argentino bajo el modelo ISI. Por otro lado, el bajísimo nivel del salario real, permitió elevar fuertemente la tasa de ganancia empresaria (CENDA, 2010). Este último aspecto movilizó la recuperación productiva, dado el escenario especialmente favorable a la sustitución de importaciones y la existencia de capacidad instalada ociosa. A esta recomposición contribuyeron también otros dos aspectos clave. Por un lado, un nivel relativamente moderado de las tasas de interés hizo que las colocaciones financieras perdieran parte del atractivo que habían tenido en la fase previa (Schorr, 2012). Por otro lado, la nueva estructura de precios relativos era más favorable al sector productor de bienes transables que a los prestadores de servicios. Esto último habría tenido que ver con el modo en que las clases dominantes salieron de la crisis de la convertibilidad, en la que el sector dolarizado (empresas privatizadas) “perdió” frente al capital concentrado local (cf. Basualdo, 2011).

En estas nuevas condiciones, la demanda de empleo se incrementó y se revirtieron algunas de las tendencias más regresivas que se habían registrado en la etapa de reformas estructurales³⁹. No obstante, como apunta Schorr (2012), el *perfil estructural* del aparato productivo no se modificó sustantivamente, dadas las condiciones de concentración y extranjerización vigentes desde la etapa anterior. En este sentido, las actividades productivas siguieron fuertemente concentradas en el procesamiento de recursos naturales, en el sector autopartista y en la construcción.

El nuevo panorama económico del país fue favorecido de forma significativa por el alza de los precios internacionales de sus productos exportables, que benefició a todos los países de América Latina. El riesgo intrínseco de este proceso fue mantener la fragilidad externa de la economía argentina, al hacerla vulnerable a la inflación internacional⁴⁰ y a las oscilaciones de precios, sin propiciar transformaciones estructurales de la matriz productiva. En efecto, el alza de los precios internacionales y el incremento acelerado de la inflación, condujeron a un progresivo deterioro del esquema de “tipo de cambio real alto”. Al mismo tiempo, la creciente absorción de fuerza de trabajo y la caída del desempleo permitió que se reinstalaran las negociaciones colectivas de salarios, lo que impulsó al alza el salario real. En este contexto, dos de los pilares básicos del modelo de acumulación se vieron fuertemente horadados.

En el marco de una economía dependiente y abierta al mercado mundial, las fluctuaciones de precios internacionales introducen efectos negativos diversos sobre el proceso económico. El *boom* de los precios de *commodities* se tradujo en inflación interna y deterioró el tipo de cambio real lo que llevó a que el ritmo de crecimiento se volviera más lento. Desde entonces, la inflación doméstica no cesó de crecer, alterando el esquema que se había generado y dando

³⁹ Los sectores productores de bienes transables lideraron una fuerte reactivación económica –que llegó a niveles de crecimiento de 9% promedio del PIB entre 2003 y 2007- con una elevada intensidad en la creación de empleo (Marshall y Perelman, 2012; González, 2011)

⁴⁰ El boom de las *commodities*, alimentado por la especulación financiera y la apuesta a los mercados de futuros, se convirtió en un riesgo interno para el propio proceso de acumulación sobre todo a partir de 2007, cuando el alza de los precios internacionales condujo a un aumento de la “inflación importada”. Esto, sumado a la política del gobierno de mantener el tipo de cambio alto (vía devaluaciones periódicas) condujo a una aceleración de la inflación a partir de ese año. El gobierno argentino intentó implementar, a partir de 2008, un sistema de “retenciones móviles” para reducir el impacto del alza de precios exportables sobre el mercado doméstico, pero fue derrotado en el Parlamento tras un extenso conflicto con el sector agropecuario.

lugar a partir de 2007 a una suerte de “segunda fase” en el modelo económico. A esto se añadió la política expansiva en materia de gasto público implementada por el Estado tras la crisis mundial de 2009, y que nunca se redujo, haciendo que aumentara el déficit fiscal⁴¹. Estas políticas contribuyeron a acelerar la inflación, provocando la revaluación del peso y deteriorando la competitividad de la economía (Gerchunoff, 2014). En este nuevo contexto, reapareció la *restricción externa* (Bekerman, 2014), es decir, la falta de divisas necesarias para hacer frente a las importaciones, expresión de un nuevo desajuste en la cuenta corriente del balance de pagos⁴². El grado de semejanza con el clásico ciclo de “stop and go” comentado en la primera sección aún es materia de investigación. Con la reaparición de la *restricción externa*, parecen reemerger las tensiones de la estructura productiva desequilibrada, pero ahora abierta al mercado mundial y en niveles más altos de concentración y extranjerización.

Justamente, la dificultad que enfrenta este modelo económico heterodoxo para propiciar un cambio estructural introduce acerca de su capacidad para producir cambios duraderos en la desigualdad distributiva. De todos modos, tuvo consecuencias diversas sobre el desempeño macroeconómico, el mercado de trabajo y la desigualdad. En primer lugar, luego de que en 2002 la Argentina experimentara una retracción de casi 11% en su PIB, entre 2003 y 2012 el mismo creció a un promedio de 7,2% anual, con picos de más de 9%. Sobre esta base, se dio uno de los procesos de recuperación más intensos y vertiginosos de la historia económica del país. Como ya se indicó, dentro de este cuadro global, se advierte un período de mayor crecimiento, hasta 2007, y un período más errático, desde entonces hasta la actualidad, en el que la macroeconomía acumuló tensiones inflacionarias y cambiarias.

La fuerte dinámica de la demanda laboral producto del reacomodamiento de precios provocado por la devaluación, generó un crecimiento sostenido de la tasa de empleo, a pesar de que la calidad de los puestos de trabajo y las formas de inserción ocupacional que compusieron este aumento continuaron mostrando matices heterogéneos. A nivel general, el empleo aumentó 3,3% anual promedio entre 2003 y 2012, luego de la destrucción neta de empleos del año 2002, aunque nuevamente se advierten dos fases diferenciadas asociadas al proceso de acumulación: entre 2003 y 2007, el volumen de empleo creció 5,3% anual, mientras que entre 2008 y 2012 lo hizo en 1,4% anual, dando cuenta del ya comentado menor dinamismo que se abrió en la economía argentina tras el deterioro del tipo de cambio real alto y competitivo. En este marco, la tasa de desocupación cayó de 19,7 a 7,2% entre puntas del período y el subempleo horario se redujo de 19,3 a 8,7% de la fuerza de trabajo. Si bien los salarios reales se recuperaron de la declinación previa, se encontraban en 2012 a niveles de 1995, lo que explica parcialmente que, pese a las mejoras observadas en el mercado de trabajo, no se haya producido una reducción equivalente de la pobreza, que abarcaba a 23,7% de la población urbana en 2012 (Tabla 4).

En este sentido, la distribución funcional del ingreso también exhibe los resultados de estas tendencias: entre 2002 y 2010 –último dato disponible- los asalariados incrementaron su

⁴¹ La política expansiva pudo ser sostenida en base a dos expedientes fundamentales: en primer lugar, se nacionalizó el sistema de jubilaciones y pensiones a partir de 2008, lo que implicó un ingreso de fondos para el Estado y la adquisición de los bonos que el extinto sistema de capitalización tenía en su poder. En 2012, además, se modificó la Carta Orgánica del Banco Central, habilitando la emisión monetaria para financiar el déficit. Dicha Carta Orgánica se había modificado a comienzos del gobierno de Menem para asegurar que éste dejaría de financiar al Tesoro y, de este modo, el déficit de las cuentas públicas. Fue un “gesto” más para generar confianza acerca del nuevo orden macroeconómico que quería imponerse.

⁴² La referencia a la crisis externa no sería completa si no se menciona, como recuerdan Damill, Frenkel y Rapetti (2014) la intensa *fuga de capitales* que comenzó ya en 2008 y que perjudicó las reservas del país.

participación en el ingreso en alrededor de 11 p.p., si bien este guarismo apenas los ubicaba a niveles de mediados de los años noventa. De conjunto se advierte que a lo largo de esta fase persistieron dos rasgos relevantes que se habían consolidado en la estructura ocupacional durante la década de reformas estructurales: por un lado, un segmento “secundario” de empleos precarios, no registrados o de bajos ingresos que se mantuvo a lo largo de todo el período; y, por otro, el peso de las ocupaciones en el sector microempresario informal como parte importante de la demanda total de empleo (Salvia, Vera y Poy, 2015).

Tabla 4. Años 2002-2012. Principales indicadores socioeconómicos.

	PIB (Var%)	PIB Per Cápita (En \$ ctes. 1993)	Var % Ocupados	Actividad (En %)	Desempleo (Aglom. EPH)	Subempleo (Aglom. EPH)
2002	-10,9	6.273	-5,9	42,4	19,7	19,3
2003	8,8	6.773	6,4	45,1	16,9	17,4
2004	9,0	7.325	7,4	45,9	13,6	15,1
2005	9,2	7.933	4,4	45,7	11,6	12,6
2006	8,5	8.532	5,2	46,3	10,2	11,2
2007	8,7	9.194	3,0	46,1	8,5	8,7
2008	6,8	9.733	1,6	45,9	7,9	8,8
2009	0,9	9.734	1,3	46,1	8,7	10,1
2010	9,2	10.540	1,4	45,9	7,7	9,1
2011	8,9	11.384	2,3	46,3	7,2	8,5
2012	1,9	11.509	0,6	46,2	7,2	8,7

	Inversión (% PIB)	Sector industrial (% PIB)	Inversión Ext. Directa (Var%)	Reservas (Var %)	Res. Prim. Sec. Público (% PIB)	Deuda Externa (1970=100)
2002	11,3	15,4	38,4	-65,4	3,6	4028,8
2003	14,3	16,4	-68,4	22,6	4,8	4940,5
2004	17,7	16,8	292,7	42,9	5,3	5406,6
2005	19,8	16,6	14,7	42,9	3,3	3051,5
2006	21,7	16,6	-21,6	14,1	3,5	2851,1
2007	22,6	16,5	60,4	44,1	3,2	3303,8
2008	23,1	16,1	67,7	0,5	2,6	3007,0
2009	20,6	15,9	-60,3	3,4	0,5	2883,4
2010	22,8	16,0	213,5	8,7	1,8	3242,0
2011	24,5	16,3	-11,0	-11,1	-1,0	3415,5
2012	22,8	15,9	19,8	-6,7	-0,2	s/d

	Índice de Precios Consumidor (Var.)	Índice de Precios Mayoristas (Var.)	Salario Real (1970=100)	Participación Masa Salarial (% PIB Precios básicos)	Productividad (1970=100)	Pobreza (En %)
2002	25,9	76,9	60,0	30,8	119,6	49,7
2003	13,4	17,8	55,9	29,3	120,7	51,7
2004	4,4	7,4	59,5	30,4	121,4	42,7
2005	9,7	8,3	63,5	31,6	126,6	38,0
2006	10,9	10,4	70,5	34,1	130,4	29,4
2007	8,8	9,9	73,1	35,6	137,3	24,6
2008	8,6	12,8	74,7	37,4	143,7	24,9
2009	6,0	6,9	79,1	41,2	143,2	21,0
2010	10,3	14,5	79,4	41,4	153,5	27,8
2011	9,5	12,7	82,2	sd	162,9	22,6
2012	9,8	12,8	83,5	sd	165,5	23,7

Nota: Se tomó el PIB a precios constantes de 1993.

Fuente: Elaboración propia a partir de:

PIB: Gerchunoff y Llach (2008) y Ferreres (2005).

Población y Ocupados: CELADE-CEPAL, Ferreres (2005) y Kennedy (2012).

Actividad, Desempleo y Subempleo: EPH-INDEC.

Distribución Funcional: Kennedy (2012) y Lindenboim, Kennedy y Graña (2010).

Inversión Extranjera Directa: CEPAL.

Reservas BCRA y Deuda Externa: Ferreres (2005).

Sector Público: Ferreres, O. (2005) y Oficina Nacional de Presupuesto, MECON (período 2004-2012).

Índice de Precios: Gerchunoff y Llach (2008) e INDEC.

Salario Real y Productividad: Kennedy (2012)

Pobreza: SEDLAC (CEDLAS y Banco Mundial), EPH-INDEC y ODSA-UCA.

III. INCIDENCIA DE LOS DISTINTOS MODELOS DE ACUMULACIÓN SOBRE LA DESIGUALDAD

En esta sección se expone la evolución seguida por la desigualdad distributiva en cada uno de los períodos considerados anteriormente. Recuperando la dimensión histórica y los datos presentados, se busca indagar en qué medida las transformaciones en el régimen de acumulación fueron dando lugar a distintas pautas de desigualdad distributiva al nivel de los hogares.

III. a. Fase final de la industrialización sustitutiva (1974-1988)

Como se señaló anteriormente, los años finales de la industrialización sustitutiva se caracterizaron por un crónico estancamiento económico y una inflación persistente, así como por una debilidad de la demanda de empleo y el deterioro de la distribución funcional del ingreso. ¿Qué ocurrió, en este contexto, con la distribución del ingreso medida a nivel de los hogares?

Una primera aproximación surge de la **Tabla 5**, en la que se aprecia que, entre 1974 y 1982, el decremento neto del PIB per cápita se tradujo en una caída de 4,9% promedio anual del ingreso per cápita familiar y de 5,2% en el ingreso total familiar disponible en los hogares del Gran Buenos Aires. La siguiente fase del período analizado, entre 1982 y 1988 muestra, en cambio, un comportamiento estable en el ingreso de los hogares, en paralelo al estancamiento del PIB per cápita. Debe recordarse que en este segundo momento de la llamada “década perdida” fue cuando se implementó un programa de estabilización (el Plan Austral) que permitió una inicial recomposición de los ingresos y del PIB⁴³.

⁴³ Debe tenerse en cuenta, cuando se consideran los ingresos a partir de la Encuesta Permanente de Hogares, que los mismos pueden estar eventualmente afectados por dos circunstancias propias de este tipo de instrumentos. Por un lado, una subdeclaración de ingresos por parte de los respondientes, especialmente de mayores niveles educativos (Salvia, 2012). Por otro lado, existe truncamiento, que remite a la dificultad de captar a los hogares de ingresos superiores a partir del diseño muestral y del operativo de relevamiento.

Tabla 5. Tasas anuales de variación del PIB(*) per cápita, del ingreso per cápita familiar y del ingreso total familiar, Argentina: 1974-2012 (períodos seleccionados)

	Final de la ISI		Reformas Estructurales		Neodesarrollismo	
	1974-1982	1982-1988	1988-1998	1998-2003	2003-2007	2007-2012
PIB per cápita	-0.7	-0.4	2.4	-2.5	7.1	4.2 ^(**)
Ingreso per cápita familiar	-4.9	0.1	3.9	-6.1	9.5	1.7
Ingreso total familiar	-5.2	0.0	2.5	-6.3	9.0	1.1

Notas: (*) Se tomó el PIB a precios de mercado en pesos de 1993. Los ingresos corresponden al Área Gran Buenos Aires relevados por EPH // (**) Existe una discrepancia entre la evolución del PIB y los ingresos que deriva de que ambos se deflactan con índices diferentes. A partir de 2007, el Estado argentino comenzó a subestimar la tasa de inflación, lo que repercute en el modo de calcular el crecimiento del PIB, mientras que para la deflación del ingreso de los hogares se utiliza un índice alternativo.

Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC y Dirección Nacional de Cuentas Nacionales (MECON).

En el marco indicado, corresponde preguntarse ahora: ¿cuál fue el efecto de estos cambios en los ingresos sobre la desigualdad distributiva? En la **Tabla 6** se presentan una serie de medidas de desigualdad, al sólo efecto de mostrar que la tendencia observada es consistente. En adelante, el análisis se concentra en el coeficiente de Gini.

Tabla 6. Coeficientes de desigualdad del ingreso total familiar, per cápita familiar y por perceptor, en hogares urbanos del Área Gran Buenos Aires, 1974-2012.

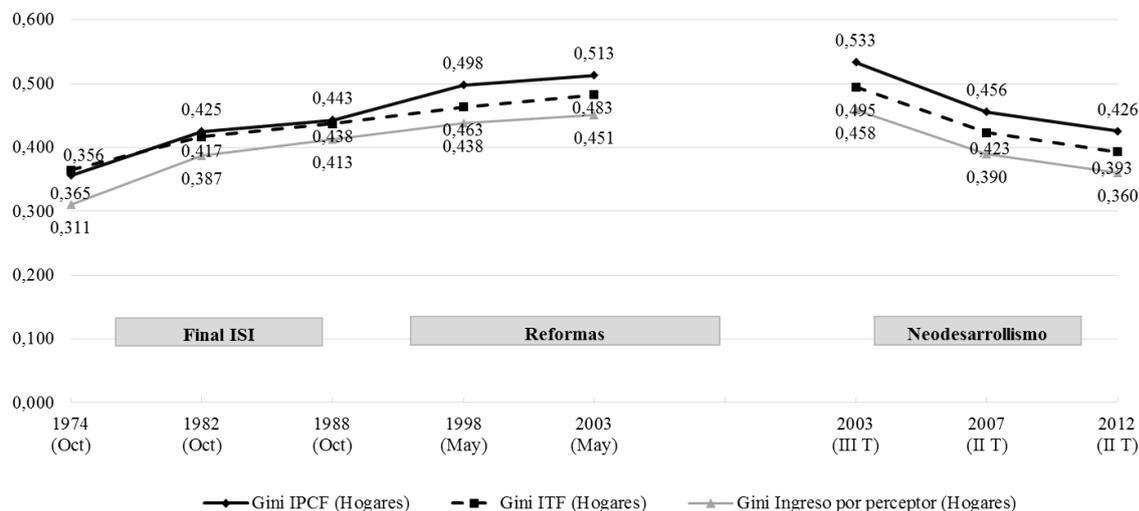
Conceptos de ingreso	1974 (Oct)	1982 (Oct)	1988 (Oct)	1998 (May)	2003 (May)	2003 (III T)	2007 (II T)	2012 (II T)
Ingreso total familiar								
Coeficiente de Gini	0.365	0.417	0.438	0.463	0.483	0.495	0.423	0.393
Coeficiente de Theil	0.219	0.297	0.327	0.448	0.408	0.413	0.301	0.253
Varianza de los logaritmos	0.478	0.554	0.657	0.857	0.819	0.916	0.708	0.602
Ingreso per cápita familiar								
Coeficiente de Gini	0.356	0.425	0.443	0.498	0.513	0.533	0.456	0.426
Coeficiente de Theil	0.217	0.363	0.346	0.448	0.472	0.503	0.371	0.315
Varianza de los logaritmos	0.417	0.538	0.672	0.857	0.991	1.084	0.800	0.684
Ingreso por perceptor								
Coeficiente de Gini	0.311	0.387	0.413	0.438	0.451	0.458	0.390	0.360
Coeficiente de Theil	0.172	0.300	0.308	0.355	0.368	0.384	0.283	0.227
Varianza de los logaritmos	0.324	0.409	0.518	0.610	0.663	0.745	0.544	0.456

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos de la EPH-INDEC, ondas indicadas.

Los datos al respecto son elocuentes. La fase final del modelo sustitutivo fue testigo de un incremento sostenido de la desigualdad de ingresos familiares. El coeficiente de Gini pasó de 0,356 a 0,425 en los años 1974-1982, dando cuenta del impacto del programa de shock y apertura del gobierno militar. El coeficiente de Gini de los ingresos totales familiares mantuvo una tendencia incremental muy similar. En el mismo lapso, el primer quintil perdió 1 p.p. de participación en el ingreso, mientras que el quintil más alto ganó casi 6 p.p. Por su parte, si bien durante mediados de la década hubo una leve retracción de la desigualdad –por los factores

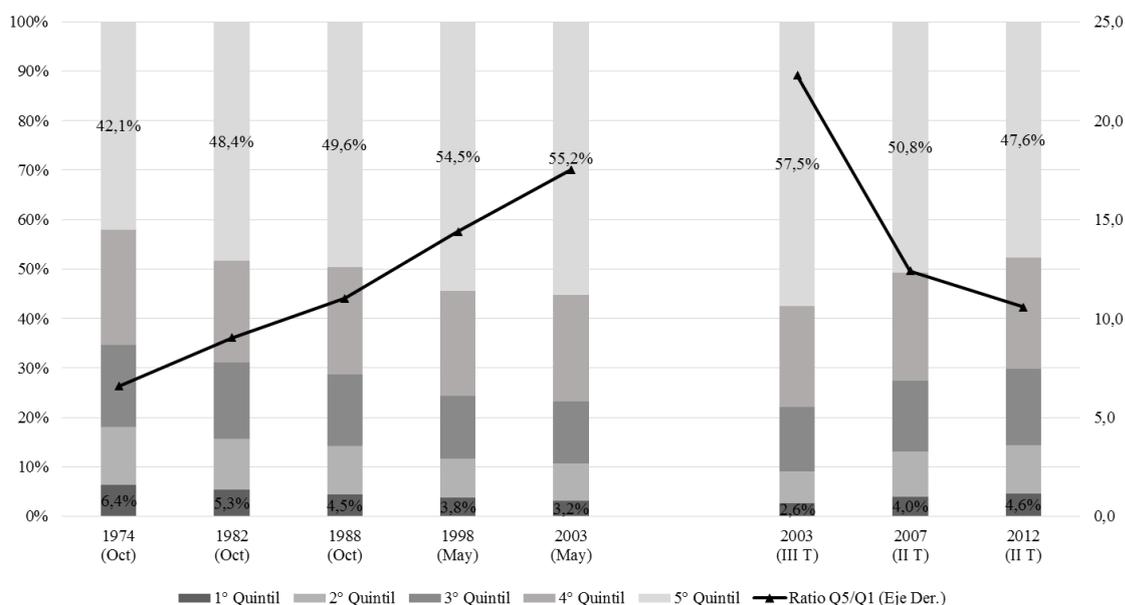
comentados acerca del efecto antiinflacionario del Plan Austral-, en 1988 el coeficiente de Gini era de 0,443, lo que muestra la tendencia ascendente del deterioro distributivo. En ese lapso, el quintil más pobre perdió casi 1 p.p. de participación en el ingreso, mientras que el quintil más alto logró aumentar la suya en una proporción similar (Gráficos 1 y 2).

Gráfico 1. Evolución del coeficiente de Gini del Ingreso per cápita familiar (IPCF), del ingreso total (ITF) y del Ingreso por Perceptor, en hogares urbanos del Área Gran Buenos Aires, 1974-2012.



Nota: las discontinuidades de las series indican modificaciones de la forma de captación de los ingresos.
Fuente: Tabla 6.

Gráfico 2. Evolución de los quintiles de ingreso per cápita familiar (IPCF) en hogares urbanos del Área Gran Buenos Aires, 1974-2012.



Nota: las discontinuidades de las series indican modificaciones de la forma de captación de los ingresos.
Fuente: Elaboración propia en base a microdatos de la EPH-INDEC, ondas indicadas.

¿Cuáles fueron los *mecanismos* a través de los cuales la dinámica macroeconómica habría operado sobre la desigualdad? Al respecto, cabe señalar que existe cierto consenso en la literatura especializada en relación al fuerte impacto que el congelamiento salarial y el debilitamiento sindical –dos elementos fundamentales que, como se vio, integraban el plan económico del gobierno militar- tuvieron sobre la desigualdad distributiva de los ingresos per cápita familiares (Altimir y Beccaria, 2001; Altimir, Beccaria y González Rozada, 2002; Cruces y Gasparini, 2009). Al mismo tiempo, en el contexto de un régimen de *alta inflación* (Frenkel, 1989), las empresas habrían desarrollado incentivos para retener al personal más calificado, mientras se ampliaba la brecha con los ocupados de menor nivel de calificación.

La recuperación del poder de los sindicatos al término del gobierno militar y durante la apertura democrática, permitió una mejora de las remuneraciones que incidió, sobre todo, entre los ocupados menos calificados, lo que mantuvo estable la brecha de remuneraciones. A su vez, el plan de estabilización de 1985, al posibilitar una reducción de la inflación, permitió una inicial recuperación de ingresos que también morigeró el aumento secular de la desigualdad. Sin embargo, a lo largo de toda la década, la desigualdad se habría incrementado, principalmente, por el efecto del *desempleo* (Altimir, Beccaria y González Rozada, 2002; Benza y Calvi, 2005), cuyo incremento fue la contracara de la debilidad de la demanda de empleo a lo largo de toda la fase.

Una hipótesis relevante que deberá ser examinada es *cuál fue la contribución de los distintos sectores que componen la estructura económica –caracterizada por su heterogeneidad a lo largo de todo el proceso de desarrollo económico argentino- a la desigualdad durante esta fase*. En efecto, es dable suponer que, dado que una de las características fundamentales de la economía argentina era la fuerte presencia de un estrato de productividad intermedia dirigido al mercado interno (Llach, 1978), el embate propiciado por los distintos programas de shock haya impactado específicamente sobre este sector originando una mayor dualidad estructural del aparato productivo e incrementando, de ese modo, la desigualdad de ingresos de la fuerza de trabajo según su inserción sectorial.

La última fase de vigencia del régimen de acumulación por sustitución de importaciones fue testigo, de este modo, de un incremento importante de la desigualdad distributiva como correlato del deterioro del entramado productivo y de las modificaciones en la estructura socio-ocupacional. La sociedad argentina pasó, de este modo, de una estructura más homogénea y de menores brechas relativas entre sectores sociales⁴⁴, a una sociedad más desigual y fragmentada, consolidando un nuevo patrón de desigualdad distributiva que se haría más nítido en la siguiente etapa del proceso económico⁴⁵.

⁴⁴Las estimaciones pioneras acerca de la desigualdad distributiva, realizadas por CEPAL (1987) y Altimir (1986), muestran que entre los años cincuenta y setenta no se registraban niveles elevados de desigualdad (si bien con momentos de ascenso, frutos evidentes del comportamiento cíclico de la economía) seguramente como consecuencia de una mayor homogeneidad estructural que iría a aumentar en las décadas siguientes. Sobre la distribución del ingreso y sus límites a lo largo de la industrialización sustitutiva, véase Canitrot (1975).

⁴⁵ En la literatura especializada, suele señalarse que el punto de inflexión del modelo sustitutivo estuvo en 1976, con el advenimiento de la dictadura militar (véase, entre otros: Castellani, 2002 y Basualdo, 2011). Sin embargo, desde el punto de vista ocupacional, uno de los rasgos sobresalientes es el bajo desempleo registrado durante esta etapa, que obliga a destacar la continuidad con el período de la industrialización sustitutiva. El deterioro parece comenzar hacia mediados de los ochenta, haciéndose palmario en los años

III. b. Reformas estructurales y apertura económica (1988-2002)

Las profundas transformaciones registradas tras el agotamiento de la fase sustitutiva y el *impasse* de los años ochenta tuvieron diversas consecuencias sobre el mercado laboral y el comportamiento macroeconómico. Como puede apreciarse en la **Tabla 5**, en una primera etapa, el PIB per cápita tuvo un comportamiento positivo, y los ingresos de los hogares –tanto per cápita como totales- evolucionaron en la misma dirección, entre 1988 y 1998. Sin embargo, a partir de ese año, que marcó el agotamiento del modelo de caja de conversión y el inicio de una fuerte recesión –provocada por la falta de financiamiento externo- se observó una tendencia inversa y más acentuada: el PIB per cápita entre 1998 y 2003 registró una tendencia a la caída y los ingresos de los hogares se desmoronaron en una cuantía mayor.

En este contexto, las reformas estructurales bajo una política neoliberal parecen haber dado lugar a una intensificación de la tendencia precedente en materia de desigualdad distributiva –es decir, *consolidando* niveles que ya se habían instalado en la etapa anterior-. En efecto, entre 1988 y 1998, el coeficiente de desigualdad de Gini de los ingresos per cápita familiares pasó de 0,443 a 0,498. Una tendencia semejante siguió el coeficiente de Gini de los demás tipos de ingresos. Debe resaltarse que, al igual que ocurrió con el Plan Austral, la instalación del esquema de caja de conversión, a fines de 1991, tuvo un inicial efecto de morigeración de la desigualdad, por su efecto antiinflacionario. Ahora bien, más allá de esta reducción circunstancial, la desigualdad siguió su curso ascendente: entre 1998 y mayo de 2003, el coeficiente de Gini pasó de 0,498 a 0,513, es decir, el momento más álgido de toda la historia económica argentina. A su vez, estas tendencias son coincidentes con la participación de los hogares en la distribución del ingreso: a lo largo de la década reformista, el quintil más pobre perdió 2 p.p. de participación, mientras que el quintil más rico ganó más de 6 p.p. (Gráficos 1 y 2).

¿Cuáles fueron los distintos resortes que dieron lugar a esta dinámica? En primer lugar, la hiperinflación condujo a un deterioro de ingresos combinado con un desempleo en ascenso que repercutió sobre el deterioro de la distribución del ingreso. El programa de estabilización implementado a partir de 1991 permitió una recomposición de los ingresos que benefició especialmente a los ocupados de menor nivel de calificación, especialmente castigados por la crisis anterior (Altimir y Beccaria, 2001; Altimir, Beccaria y González Rozada, 2002). Ahora bien, el ciclo ascendente de la desigualdad vigente entre 1994 y 2003 estuvo definido, según la literatura, por el efecto del creciente desempleo, que afectó sobre todo a los sectores más empobrecidos; y por el aumento de las brechas entre los trabajadores más calificados y los menos calificados⁴⁶. El aumento de la demanda de calificaciones –probablemente un correlato de la incorporación de nuevas tecnologías en el proceso de apertura económica- explicaría esta dinámica seguida por la desigualdad (Benza y Calvi, 2005). Al mismo tiempo, como ya se apuntó, la apertura económica, con su correlato sobre la heterogeneidad estructural, tuvo

noventa. En Neffa (1998) se encuentra también una periodización alternativa a la usualmente empleada en la literatura.

⁴⁶ Al respecto, Maurizio (2001) encontró un efecto de *credencialismo* en este comportamiento, es decir, que dada la débil demanda de empleo vigente durante la década, los trabajadores más calificados habrían ocupado puestos para los que estaban sobrecalificados, y así habrían desplazado a los trabajadores peor posicionados. En Salvia (2012: 392) se presenta un argumento que discute con esta tesis, y señala que la demanda de calificaciones habría sido un requisito genuino de la concentración y extranjerización vigentes durante la década, mientras que los trabajadores con calificación obsoleta se habrían refugiado en el subempleo inestable.

efectos específicos sobre la desigualdad distributiva (Salvia, 2012; Salvia y Vera, 2013). En esta línea, la mayor desigualdad distributiva se vio impulsada, a lo largo de la década, por una mayor contribución de los sectores más dinámicos de la economía, los cuales aumentaron su brecha respecto del resto de la estructura de ingresos. Esta tendencia se vio contrarrestada por el aporte de los ingresos provenientes del sector microempresario informal, expresión de su deterioro como resultado de la política de reformas y apertura económica. El empobrecimiento del sector más atrasado de la economía junto con el mayor dinamismo del sector formal y público moderno, son efectos directos de la mayor heterogeneidad estructural en el marco de una economía periférica que se “abre” al mercado mundial.

La debilidad de origen del esquema económico resultante de las reformas estructurales radicó en la acentuación del propio carácter desequilibrado de la economía argentina. En vez de *inducir* transformaciones en la productividad que se generalizarían (como un “derrame”) hacia el resto del entramado económico, la apertura económica trajo aparejadas una mayor concentración y desigualdad entre los sectores productivos que pudieron hacerle frente y los que no, de modo que se incrementaron el desempleo y la pobreza. Se ampliaron las brechas ocupacionales y la desigualdad, de tal modo que se configuró un patrón de crecimiento a la vez *estable y desigual*, en el que el dato relevante fue la escasa demanda de fuerza de trabajo. Es decir que, en condiciones de globalización, la apertura económica de una estructura heterogénea, fue la ampliación de su propia heterogeneidad.

III. c. Crecimiento económico y heterodoxia neodesarrollista (2002-2012)

Tras la explosión del modelo de caja de conversión, se modificaron las principales tendencias observadas hasta el momento. Entre 2003⁴⁷ y 2007, el PIB per cápita se expandió a una tasa promedio anual de 7,1% y los ingresos de los hogares lo hicieron a tasas de 9,5 y 9% (per cápita familiar y total familiar, respectivamente). En contraste, y tal como se señaló anteriormente, la fase 2007-2012 se corresponde con una relativa desaceleración del crecimiento económico y, correlativamente, de los ingresos monetarios de los hogares (**Tabla 5**).

Este cambio de tendencia en materia de ingresos y de crecimiento económico durante el ciclo neodesarrollista condujo a la reversión de la tendencia observada en materia de desigualdad económica. En efecto, como se observa en la Tabla 6, las distintas medidas utilizadas son consistentes en señalar que la desigualdad distributiva se reduce sistemáticamente a lo largo del período. Entre 2003 y 2007, el coeficiente de Gini del ingreso per cápita familiar concentra el mayor decremento de la serie, pasando de 0,533 a 0,456 como resultado de la nueva dinámica macroeconómica. Por su parte, entre 2007 y 2012, la desigualdad continuó su tendencia bajista, aunque con menor aceleración: el coeficiente de Gini pasó de 0,456 a 0,426. Ambas tendencias se verifican también en el coeficiente de Gini del ingreso total familiar. A su vez, entre puntas del período considerado, el quintil más pobre incrementó su participación en el ingreso familiar en 2 p.p., llegando su participación a niveles de los años ochenta, mientras que el quintil más rico perdió casi 10 p.p. (Gráficos 1 y 2).

¿Cuáles son los mecanismos a los que cabe imputar el comportamiento observado por la desigualdad distributiva? En primer lugar, la literatura especializada destaca el papel que jugó la demanda de empleo en la mejora distributiva. En particular, y a diferencia de lo ocurrido en la

⁴⁷ Se utiliza este año como una aproximación del período –que conceptualmente se inicia en 2002- debido a los cambios metodológicos en la Encuesta Permanente de Hogares a partir del segundo semestre de 2003.

década de reformas estructurales, la sustitución de importaciones permitió una demanda de empleo más vigorosa y con elevada participación de ocupados no calificados o semi-calificados (Cruces y Gasparini, 2009). Este factor se habría complementado con un menor impacto del desempleo en los hogares, y la ya mencionada recuperación sindical habría favorecido la recomposición de salarios. Al mismo tiempo, como resultado del mayor capital educativo, se habrían reducido a lo largo de esta fase las “primas” a la educación, lo que permitió que se acorten las brechas entre trabajadores según nivel de calificación (Beccaria y Maurizio, 2012). A su vez, y tratándose de los ingresos familiares, debe considerarse la importante intervención en materia de política social implementada por el Estado, bajo la forma de subsidios al consumo de servicios públicos, política de transferencia de ingresos (vía programas sociales y pensiones no contributivas) y a través de la seguridad social, que se manifestó en la ampliación de la cobertura previsional. El análisis del comportamiento sectorial de la estructura ocupacional aporta otros elementos de relevancia, para dar cuenta de cómo la heterogeneidad estructural incidió sobre la desigualdad en esta fase post-reformas. Como señalan Salvia y Vera (2013), entre 2003 y 2010, en primer término, el sector privado formal contribuyó de forma importante a la reducción de la desigualdad. En este resultado incidió principalmente el papel jugado por los trabajadores independientes profesionales, mientras que los asalariados contribuyeron positivamente hacia una mayor desigualdad, por su capacidad para concentrar ingresos. En segundo lugar, el sector microempresario también contribuyó hacia una reducción de la desigualdad, por su menor participación en la masa total de ingresos, y expresión del “empobrecimiento” de ese sector –correlato de la persistente heterogeneidad estructural-. Por último, el sector público operó en sentido contrario hacia una mayor desigualdad.

Tras una década de crecimiento económico bajo políticas heterodoxas de orientación neodesarrollista, han renacido las tensiones cíclicas de la economía argentina, en el contexto de la segunda globalización y con un elevado nivel de concentración económica. La existencia de desequilibrios sectoriales y desigualdad persistente, en el marco de la reaparición de la “restricción externa” que históricamente limitó al modelo de acumulación sustitutivo, ponen en duda la viabilidad del propio crecimiento para producir un proceso de desarrollo económico con convergencia social.

IV. REFLEXIONES FINALES

Este trabajo ha examinado las relaciones existentes entre las transformaciones ocurridas en el régimen social de acumulación en la sociedad argentina y la desigualdad distributiva durante los últimos cuarenta años de historia. En este sentido, se propuso una periodización que explicara a grandes trazos los cambios en la desigualdad: (a) la fase final del modelo de sustitución de importaciones, con vigencia en la Argentina entre 1930 y mediados de los años '70; (b) la etapa de reformas estructurales implementadas tras la crisis hiperinflacionaria de 1989 y 1990; (c) la etapa neodesarrollista de crecimiento bajo políticas heterodoxas que se inició después de la crisis de comienzos del nuevo siglo y que actualmente se mantendría vigente.

Cada una de estas fases estuvo asociada a una cierta pauta de desigualdad distributiva. Durante la primera, partiendo de una relativa homogeneidad, se consolidó un patrón cada vez más desigual en el contexto de estancamiento económico y aumento del desempleo. Resta por ver, en esta etapa –y como línea de investigación en curso-, en qué medida el deterioro de un sector de productividad “intermedia” (es decir, no exportador pero tampoco marginal), que fue característico de la fase sustitutiva, tuvo directa relación con el empeoramiento distributivo y la polarización cada vez más significativa de la sociedad argentina. A lo largo de la segunda fase –

caracterizada por las reformas estructurales- la desigualdad se profundizó aún más, no sólo como correlato de un mayor desempleo abierto, sino también a raíz de una mayor heterogeneidad estructural de la economía propiciada por la apertura y la sobrevaluación cambiaria. Por último, durante la tercera de políticas heterodoxas tuvo lugar una reducción de la desigualdad distributiva, en un contexto de mayor demanda interna, pero sin cambios estructurales a nivel productivo y de los mercados de trabajo.

Esta investigación pone el acento en el estrecho vínculo existente entre la desigualdad económica y el estilo de crecimiento vigente en una sociedad de capitalismo periférico. En la medida que no tenga lugar un proceso de desarrollo integral con convergencia productiva, la distribución del ingreso seguirá determinada por las segmentaciones y desigualdades estructurales que atraviesan al sistema productivo y al mercado de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Abeles, Martín (1999): "El proceso de privatizaciones en la Argentina de los noventa. ¿Reforma estructural o consolidación hegemónica?", en: *Época. Revista argentina de economía política*, Año 1, N° 1, Diciembre.

Acemoglu, Daron y Robinson, James (2013) *¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona, Deusto.

Altimir, O. (1986). Estimaciones de la distribución del ingreso en la Argentina, 1953-1980. *Desarrollo Económico*, 25(100), 521 - 566.

Altimir, O.; Beccaria, Luis. (1998). Efectos de los cambios macroeconómicos y de las reformas sobre la pobreza urbana en Argentina. In E. T. Ganuza, Lance; Morley, Samuel (Ed.), *Política macroeconómica y pobreza en América Latina y el Caribe* (pp. 115 - 172). Madrid, España: Mundi Prensa Libros, S.A

Altimir, O.; Beccaria, Luis. (2001). El persistente deterioro de la distribución del ingreso en la Argentina. *Desarrollo Económico*, 40(160), 589 - 618.

Altimir, O.; Beccaria, Luis; González Rozada, Martín. (2001). *La evolución de la distribución del ingreso familiar en Argentina*. Serie de Estudios en Finanzas Públicas.

Arceo, E. (2003). *Argentina en la periferia próspera*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes – FLACSO.

Basualdo, E. (2010) *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Basualdo, E. (2011). Modelo de acumulación y sistema político en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera. En: *Sistema político y modelo de acumulación. Tres ensayos sobre la Argentina actual*, Buenos Aires: Cara o Ceca.

Beccaria, Luis, & Maurizio, Roxana. (2012). Reversión y continuidades bajo dos regímenes macroeconómicos diferentes. Mercado de trabajo e ingresos en argentina 1990-2010. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 205-228.

Bekerman, Marta, Dulcich, Federico y Vázquez, Darío (2014). Las transformaciones de la estructura industrial y la restricción externa. *Cuadernos del CEPED*, Buenos Aires, CEPED.

Benza, Gabriela y Calvi, Gabriel (2005) Reestructuración económica, concentración del ingreso y ciclos de desigualdad en la Argentina. 1974-2003. *Realidad Económica*, 214. 8-26.

Birdsall, Nancy, De La Torre, Augusto, & Menezes, Rachel. (2001). *El disenso en Washington: políticas económicas para la equidad social en Latinoamérica*: Fondo Carnegie para la Paz Internacional y el Diálogo Interamericano.

Braun, Oscar. (1973). In O. Braun (Ed.), *El capitalismo argentino en crisis* (pp. 11 - 44). Buenos Aires: Siglo XXI.

Braun, Oscar; Joy, Leonard. (1981). Un modelo de estancamiento económico - Estudio de caso sobre la economía argentina. *Desarrollo Económico*, 20(80), 585 - 604.

Calvi, Gabriel; Benza, Gabriela. (2008). *Precariedad laboral y distribución del ingreso en el Gran Buenos Aires (1974-2003)*. Paper presented at the 7° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires.

Canitrot, Adolfo (1981). Orden social y monetarismo. *Cuadernos del CENDES*, Buenos Aires.

Canitrot, Adolfo. (1975). La experiencia populista de redistribución de ingresos. *Desarrollo Económico*, 15(59), 331 - 351.

- Castellani, Ana. (2002): “Implementación del modelo neoliberal y restricciones al desarrollo en la Argentina contemporánea”, en: Schorr, M. y otros: *Más allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO
- CENDA. (2010). *La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual. La economía argentina en el período 2002 – 2010*, Buenos Aires: Atuel.
- CEPAL (2010), *La Hora de la Igualdad, Heterogeneidad estructural y brechas de productividad: de la fragmentación a la convergencia*, Santiago de Chile.
- CEPAL (2011), *Eslabones de desigualdad. Heterogeneidad estructural, empleo y protección social*, Santiago de Chile.
- CEPAL (2013), *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile.
- CEPAL (2014b), *Pactos para la igualdad. Hacia un futuro sostenible*, Santiago de Chile.
- CEPAL. (1987). Antecedentes estadísticos de la distribución del ingreso en la Argentina. 1953 - 1982. In CEPAL (Ed.). Santiago de Chile: CEPAL.
- Cimillo, Elsa; Lifschitz, Edgardo; Gastiazoro, Eugenio; Ciafardini, Horacio; Turkieh, Mauricio. (1973). Desarrollismo y radicación del capital extranjero *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina* (pp. 65 - 176). Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.
- Cruces, Guillermo y Gasparini, Leonardo (2009). *Los determinantes de los cambios en la desigualdad de ingresos en la Argentina. Evidencias y temas pendientes*, s.d., Banco Mundial.
- Damill, Mario; Frenkel, Roberto. (1993). Restauración democrática y política económica: Argentina, 1984 - 1991. In J. A. M. Morales, Gary (Ed.), *La política económica en la transición al a democracia* (pp. 33 - 96). Santiago, Chile: CIEPLAN.
- Damill, Mario; Frenkel, Roberto; Maurizio, Roxana. (2003). Políticas macroeconómicas y vulnerabilidad social. La Argentina en los años noventa. In CEPAL (Ed.), *Financiamiento del desarrollo*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Damill, Mario; Frenkel, Roberto; Rapetti, Martín. (2014). The New Millennium Argentine Saga: from Crisis to Success and from Success to Failure. Mimeo. CEDES.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada Argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, (12), 45.
- Díaz Alejandro, Carlos (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Fanelli, José María. (2004). Desarrollo Financiero, Volatilidad e Instituciones. Reflexiones sobre la Experiencia Argentina.: Fundación PENT.
- Féiz, Mariano. (2012). Sin clase. Neodesarrollismo y neoestructuralismo en Argentina (2002-2011). *Século XXI–Revista de Ciências Sociais*, 2(2), 09-43.
- Féiz, Mariano. (2013). ¿De la década perdida a la década ganada? Del auge y crisis del neoliberalismo al neodesarrollismo en crisis en Argentina. *Cuestiones de sociología* (9), 243 - 248.
- Ferreira, Francisco H. G.; Messina, Julian; Jamele, Rigolini; López-Calva, Luis-Felipe; Lugo, Maria Ana; Vakis, Renos (2013). *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*. Washington D.C.: Banco Mundial.
- Ferreres, Orlando (2005). *Dos Siglos de Economía Argentina (1810-2004) Historia argentina en cifras*. Buenos Aires, Fundación Norte y Sur.
- Fischer, Stanley. (2012). The Washington Consensus. In C. F. R. H. Bergsten, C. (Ed.), *Global Economics in Extraordinary Times: Essays in Honor of John Williamson* (pp. 11 - 24). Washington D.C.: Peter G. Peterson Institute for International Economics.
- Gerchunoff, Pablo (2013). Treinta años de economía política en democracia. La crítica, la compasión y la empatía en el método de la historia. En *Desarrollo Económico*, 53 (209).
- Gerchunoff, Pablo y Cetrángolo, Oscar (1990), *Reforma económica y estabilización en democracia política (Examen de una experiencia frustrada)*, mimeo.
- Gerchunoff, Pablo y Torre, Juan Carlos (1996). La política de liberalización económica en la administración de Menem. En *Desarrollo Económico*, 36 (143). 733-768.
- Gordon, David, Edwards, R. y Reich, M. (1986). *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Graña, Juan y Kennedy, Damián. (2008). El deterioro del salario real como fuente de plusvalía extraordinaria. Argentina en los últimos treinta años *Documento de Trabajo*.
- Grodona, Ana (2014) *Saber de la pobreza. Discursos y subclases en la Argentina. 1956-2006*, Buenos Aires: Ediciones CCC.
- Iñigo Carrera, Juan (2007). *La formación económica de la sociedad argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi.

- Katz, Claudio (2014) ¿Qué es el neo-desarrollismo? Una visión crítica. Teoría y política. Revista de Ciencias Sociales, Quito.
- Kennedy, Damián (2012) *Economía Política de la Contabilidad Social*. Tesis inédita de Doctorado.
- Kessler, Gabriel (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kosacoff, Bernardo; Ramos, Adrián. (2001). *Cambios contemporáneos en la estructura industrial argentina, 1975-2000* (Vol. 2). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Laclau, Ernesto (1969). Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 2, 276-315.
- Lewis, Arthur (1954). Economic Development with Unlimited Supplies of Labour, *School of Economic and Social Sciences*, 2 (22). 139-191.
- Lindenboim, Javier (2012). "La pobreza: una tensión social más allá de la metrópolis", en Luis Ainstein (compilador) *Estructuración urbana, institucionalidad y sustentabilidad de ciudades metropolitanas y regiones difusas. Miradas comparadas sobre Buenos Aires, Londres, Los Angeles, Paris, Tokio y Toronto*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lindenboim, Javier, Kennedy, Damián y Graña, Juan (2010). El debate sobre la distribución funcional del ingreso. En *Desarrollo Económico*, 49 (196). 541-571.
- Llach, Juan José (1978). Estructura ocupacional y dinámica del empleo en la Argentina: sus peculiaridades. 1947-1970. *Desarrollo Económico*, (68), pp. 539-591.
- Llach, Juan José y Gerchunoff, Pablo (1978). Población, mercado de trabajo y salarios. Un diagnóstico preliminar y prioridades de investigación, *Documento de Trabajo N° 3*, Buenos Aires, CEIL.
- Llach, Juan José y Montoya, Silvia (1999), *En pos de la equidad*, Buenos Aires: IERAL.
- López-Calva, Luis Felipe; Lustig, Nora. (2010). *Declining inequality in Latin America: a decade of progress?* Washington D.C.: Brookings Institution Press.
- Marshall, A. (1978). *El mercado de trabajo en el capitalismo periférico. El caso de Argentina*, Buenos Aires: CLACSO-PISPAL.
- Marshall, A. y Perelman, L. (2013). "El empleo industrial: balance de una década (2003-2012)". *Documentos para discusión*, N°9/2013, Buenos Aires: IDES.
- Maurizio, Roxana, (2001). Demanda de trabajo, sobreeducación y distribución del ingreso. *V Congreso de Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo*, Buenos Aires.
- Monza, A. (2002). *Los dilemas de la política de empleo en la coyuntura argentina actual*, Buenos Aires: Fundación OSDE-CIEPP.
- Neffa, Julio César (2008) *Modos de Regulación, Regímenes de Acumulación y su crisis en Argentina (1880-1996). Una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Neffa, Julio César (2008). "Las teorías de la segmentación de los mercados de trabajo", en: F. Eymard-Duvernay y J. C. Neffa (comps.) *Teorías económicas sobre el mercado de trabajo: III. Análisis institucionalistas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica-CEIL PIETTE.
- Nochteff, H. (1999). La política económica en la Argentina de los noventa. Una mirada de conjunto. *Época*, (1), 1, pp. 15-32.
- Nohlen, D. y Sturm, R. (1982). La heterogeneidad estructural como concepto básico de la teoría del desarrollo. *Revista de Estudios Políticos*, (28), pp. 45-74.
- Novack, George (1964) *La ley del desarrollo desigual y combinado*, Buenos Aires, Ed. Yunque.
- Nun, J. (2003). *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz, Ricardo, Schorr, Martín: "La economía política del gobierno de Alfonsín: creciente subordinación al poder económico durante la 'década perdida'", en Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Siglo Veintiuno Editores.
- Peña, Milcíades (2012): *Historia del pueblo argentino*, Buenos Aires: Emecé.
- Peralta Ramos, Mónica (1974) *Etapas de acumulación y lucha de clases en la Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Piketty, Thomas (2014). *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Pinto, A. (1976) Naturaleza e implicaciones de la heterogeneidad estructural de América Latina. *El trimestre económico*, (37), 145.
- Prebisch, R. (1949) *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*, Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Prebisch, R. (1970) *Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salvia, Agustín (2012). *La trampa neoliberal. Un estudio sobre los cambios en la heterogeneidad estructural y la distribución del ingreso en la Argentina: 1990-2003*. Buenos Aires: Eudeba.

Salvia, Agustín, Vera, Julieta y Poy, Santiago (2015) “Cambios y continuidades en la estructura ocupacional urbana argentina”, en: Lindenboim, J. y Salvia, A. (comps.) *Hora de balance*, Buenos Aires, EUDEBA (en prensa).

Salvia, Agustín y Vera, Julieta (2013) Heterogeneidad estructural y distribución de los ingresos familiares en el Gran Buenos Aires (1992-2010), *Desarrollo Económico*, 52 (207), 427-462.

Schorr, M. (2002): “Mitos y realidades del pensamiento neoliberal: la evolución de la industria manufacturera argentina durante los años noventa”, en: Schorr M. y otros: *Más allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.

Schvarzer, Jorge y Tavonanska, Andrés (2008). Modelos macroeconómicos en la argentina: del ‘stop and go’ al ‘go and crush’”, *Documento de Trabajo CESP*, N° 15, Buenos Aires.

Torrado, Susana (2010), *El costo social del ajuste*, Tomo I, Buenos Aires, EDHASA.

Trotsky, León (2010) *Historia de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Ediciones RyR.

Trujillo, Lucía y Villafañe, Soledad (2011). Dinámica distributiva y políticas públicas: dos décadas de contrastes en la argentina contemporánea, en: Novick, M. y Villafañe, S. (comps.) *Distribución del ingreso. Enfoques y políticas públicas desde el Sur*, Buenos Aires, MTEYSS-PNUD.

Villanueva, Javier (1972). El origen de la industrialización argentina. En *Desarrollo Económico*, 12 (47).

Villarreal, Juan (1985): “Los hilos sociales del poder”, en: *Crisis de la dictadura Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Villavicencio, Judith (1979). “Sector informal y población marginal”, en: Tokman, V. y Klein, E. (comps.) *El subempleo en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO-CID.

ANEXO METODOLÓGICO

Consistencia de la fuente de datos. Para la construcción de los datos que se presentaron en este trabajo se utilizaron los datos de la Encuesta Permanente de Hogares relevada por el INDEC, para los años 1974, 1980, 1982, 1986, 1988 y 1990 (ondas octubre de la modalidad EPH-Puntual); los años 1992, 1994, 1998, 2001 y 2003 (ondas mayo de la modalidad EPH-Puntual); y los años 2003 (III Trimestre) 2005, 2007, 2010 y 2012 (II Trimestre, de la modalidad EPH-Continua). En la historia de la EPH tuvieron lugar diferentes cambios metodológicos y muestrales. Al respecto, corresponde distinguir dos grandes modificaciones. La primera de ellas (fase de “Base Usuaria Ampliada”), implementada a partir de 1995, implicó la mejor captación de ingresos familiares, lo que supone que se modifican las variables preexistentes. La segunda transformación fundamental del instrumento fue a partir de 2003 (Encuesta Permanente de Hogares “Continua”). En este punto, se cambiaron la estructura de solapamiento de la muestra, el instrumento de relevamiento, los períodos de medición (se pasó de dos ondas anuales a cuatro ventanas por año) y los procedimientos para la captación de ingresos y de diversas formas de empleo no registrado (INDEC, 2003). En este documento no se ha realizado ningún tipo de empalme de las series. Sin embargo, para dar cuenta de las modificaciones aludidas, se optó por marcar, a través de series discontinuadas, los cambios acontecidos en el instrumento de medición⁴⁸.

Tratamiento de los ingresos no declarados. Con el objetivo de disminuir la pérdida de información por no declaración de ingresos, se tomó la decisión de estimar por tipo de fuente los ingresos personales no declarados, para la encuesta en su modalidad “puntual” –es decir, la serie 1974-2003 (mayo)- a partir de un modelo de regresión multivariado para la determinación de los ingresos por perceptor y tipo de ingreso (véase al respecto Salvia y Donza, 1999 y Salvia, 2012). En la modalidad EPH “continua” (2003-2012), el propio INDEC hace una imputación por registro y tipo de fuente de los ingresos no declarados y dado que arroja resultados similares a los que surgen del modelo propio, para simplificar las comparaciones con datos provenientes del organismo, se decidió aceptar el método de imputación de ingresos diseñado por el INDEC para estas bases.

⁴⁸ En trabajos previos se han utilizado estrategias de empalme para resolver el problema de las modificaciones de la EPH. Véase al respecto Salvia et. al., (2008), Salvia y Vera (2010), Salvia, Vera y Poy (2015).

ANEXO ESTADÍSTICO

Tabla AE.1. Principales Indicadores considerados.

	PIB (Var%)	PIB Per Cápita (En \$ ctes. 1993)	Var % Ocupados	Actividad (En %)	Desempleo (Aglom. EPH)	Subempleo (Aglom. EPH)
1974	6,7	6.928	3,5	40,4	4,2	5,0
1975	0,6	6.857	2,8	39,9	3,7	5,4
1976	0,5	6.785	0,1	39,3	4,8	5,3
1977	7,4	7.179	0,7	38,7	3,3	4,0
1978	-2,4	6.902	-0,1	38,9	3,3	4,7
1979	7,8	7.327	1,2	38,3	2,5	3,8
1980	1,7	7.343	0,9	38,4	2,6	5,2
1981	-5,7	6.817	-0,7	38,4	4,8	5,5
1982	-3,1	6.502	1,3	38,4	5,3	6,6
1983	3,7	6.642	-1,1	37,4	4,7	5,9
1984	1,8	6.662	2,8	37,9	4,6	5,7
1985	-6,6	6.129	0,3	38,1	6,1	7,3
1986	7,3	6.480	3,3	38,7	5,6	7,4
1987	2,6	6.550	0,0	39,2	5,9	8,4
1988	-1,9	6.333	0,9	39,1	6,3	7,9
1989	-6,2	5.855	2,1	39,8	7,6	8,6
1990	0,1	5.777	0,1	39,1	7,5	9,1
1991	8,9	6.206	3,8	39,5	6,5	8,3
1992	8,7	6.654	1,5	40,0	7,0	8,2
1993	6,0	6.961	0,9	41,3	9,6	9,1
1994	5,8	7.275	-1,7	41,0	11,4	10,3
1995	-2,8	6.981	-3,2	42,0	17,5	11,9
1996	5,5	7.281	-0,1	41,5	17,2	13,1
1997	8,1	7.781	6,0	42,2	14,9	13,2
1998	3,9	7.991	3,5	42,2	12,9	13,5
1999	-3,4	7.637	0,7	42,6	14,3	14,3
2000	-0,8	7.498	-1,5	42,6	15,1	14,6
2001	-4,4	7.096	-3,3	42,5	17,4	15,6
2002	-10,9	6.273	-5,9	42,4	19,7	19,3
2003	8,8	6.773	6,4	45,1	16,9	17,4
2004	9,0	7.325	7,4	45,9	13,6	15,1
2005	9,2	7.933	4,4	45,7	11,6	12,6
2006	8,5	8.532	5,2	46,3	10,2	11,2
2007	8,7	9.194	3,0	46,1	8,5	8,7
2008	6,8	9.733	1,6	45,9	7,9	8,8
2009	0,9	9.734	1,3	46,1	8,7	10,1
2010	9,2	10.540	1,4	45,9	7,7	9,1
2011	8,9	11.384	2,3	46,3	7,2	8,5
2012	1,9	11.509	0,6	46,2	7,2	8,7

**Tabla AE.1. Principales Indicadores considerados
(cont.)**

	Inversión (% PIB)	Sector industrial (% PIB)	Inversión Ext. Directa (Var%)	Reservas (Var %)	Res. Prim. Sec. Público (% PIB)	Deuda Externa (1970=100)
1974	18,9	22,9	...	-5,1	-2,7	126,4
1975	19,6	22,5	...	-53,9	-5,7	209,7
1976	21,2	21,8	...	186,9	-4,9	275,2
1977	24,1	22,1	...	118,0	-1,2	403,8
1978	21,5	20,4	...	50,9	-1,6	367,9
1979	22,1	21,0	...	73,9	-2,0	422,7
1980	24,0	19,9	...	-28,1	-2,2	572,5
1981	21,3	18,5	19,8	-49,0	-2,4	784,5
1982	18,4	18,6	-72,8	-19,0	-2,2	806,9
1983	17,7	19,2	-28,8	6,4	-3,2	1081,2
1984	16,8	19,3	46,4	9,2	-1,3	1072,5
1985	14,7	18,7	242,9	71,6	4,5	1076,3
1986	15,9	19,5	-37,5	-28,6	4,6	1243,5
1987	17,8	19,2	-96,7	-20,0	2,1	1460,1
1988	17,6	18,6	5936,8	92,0	-2,7	1468,4
1989	14,2	18,5	-10,4	-48,1	-2,3	1695,4
1990	12,7	18,2	78,6	75,9	-0,9	1575,7
1991	14,7	18,1	32,8	55,9	1,4	1581,4
1992	17,8	18,4	33,9	34,2	3,0	1665,7
1993	19,1	18,2	-36,0	44,8	3,7	1872,7
1994	20,5	18,0	25,6	3,2	2,0	2154,8
1995	18,3	17,2	56,8	-11,0	1,8	2336,2
1996	18,9	17,4	30,0	5,9	0,6	2608,4
1997	20,6	17,5	3,0	4,1	2,9	2731,4
1998	21,1	17,2	-9,8	6,5	2,1	3005,7
1999	19,1	16,4	348,3	-2,6	1,5	3248,9
2000	17,9	15,9	-57,2	-1,9	2,9	3417,0
2001	15,8	15,4	-78,9	72,5	1,3	3799,3
2002	11,3	15,4	38,4	-65,4	3,6	4028,8
2003	14,3	16,4	-68,4	22,6	4,8	4940,5
2004	17,7	16,8	292,7	42,9	5,3	5406,6
2005	19,8	16,6	14,7	42,9	3,3	3051,5
2006	21,7	16,6	-21,6	14,1	3,5	2851,1
2007	22,6	16,5	60,4	44,1	3,2	3303,8
2008	23,1	16,1	67,7	0,5	2,6	3007,0
2009	20,6	15,9	-60,3	3,4	0,5	2883,4
2010	22,8	16,0	213,5	8,7	1,8	3242,0
2011	24,5	16,3	-11,0	-11,1	-1,0	3415,5
2012	22,8	15,9	19,8	-6,7	-0,2	s/d

**Tabla AE.1. Principales Indicadores considerados
(cont.)**

	Índice de Precios Consumidor (Var.)	Índice de Precios Mayoristas (Var.)	Salario Real (1970=100)	Participación Masa Salarial (% PIB Precios básicos)	Productividad (1970=100)	Pobreza (En %)
1974	24,4	20,0	132,2	48,8	105,1	4,7
1975	182,4	192,5	129,5	47,4	101,5	...
1976	444,0	499,0	81,4	30,4	101,0	...
1977	176,0	149,5	77,9	29,2	107,4	...
1978	171,4	146,0	78,8	32,3	104,5	...
1979	163,4	149,3	89,3	35,2	110,6	...
1980	100,8	75,4	101,5	40,5	113,1	8,3
1981	104,5	109,6	94,2	38,0	109,1	8,3
1982	164,8	256,2	77,4	28,7	104,9	8,3
1983	343,8	360,9	102,6	33,2	109,2	19,1
1984	626,7	573,6	114,1	39,1	107,9	14,9
1985	672,2	662,9	98,7	38,8	100,4	17,7
1986	90,1	63,9	97,8	40,4	104,1	12,7
1987	131,1	122,9	92,5	38,4	106,8	20,6
1988	343,0	412,5	82,4	32,4	103,8	32,3
1989	3079,5	3432,6	66,1	28,1	94,8	47,3
1990	2314,0	1606,9	79,4	37,8	92,2	42,5
1991	171,7	110,5	81,5	42,4	98,0	28,9
1992	24,9	6,0	85,9	45,8	105,0	19,3
1993	10,6	1,6	89,7	46,2	110,2	17,7
1994	4,2	0,7	90,4	44,5	119,1	16,1
1995	3,4	7,8	83,7	41,9	119,8	22,2
1996	0,2	3,6	79,5	37,9	126,4	26,7
1997	0,5	0,1	79,1	38,2	128,7	26,3
1998	0,9	-3,2	81,1	40,3	130,0	24,3
1999	-1,2	-3,8	78,8	41,2	125,4	27,1
2000	-0,9	4,1	77,9	39,4	126,5	29,7
2001	-1,1	-2,3	79,1	40,0	125,0	32,7
2002	25,9	76,9	60,0	30,8	119,6	49,7
2003	13,4	17,8	55,9	29,3	120,7	51,7
2004	4,4	7,4	59,5	30,4	121,4	42,7
2005	9,7	8,3	63,5	31,6	126,6	38,0
2006	10,9	10,4	70,5	34,1	130,4	29,4
2007	8,8	9,9	73,1	35,6	137,3	24,6
2008	8,6	12,8	74,7	37,4	143,7	24,9
2009	6,0	6,9	79,1	41,2	143,2	21,0
2010	10,3	14,5	79,4	41,4	153,5	27,8
2011	9,5	12,7	82,2	sd	162,9	22,6
2012	9,8	12,8	83,5	sd	165,5	23,7

Fuente: Tablas 2, 3 y 4.